

Biblioteca Nacional

20.

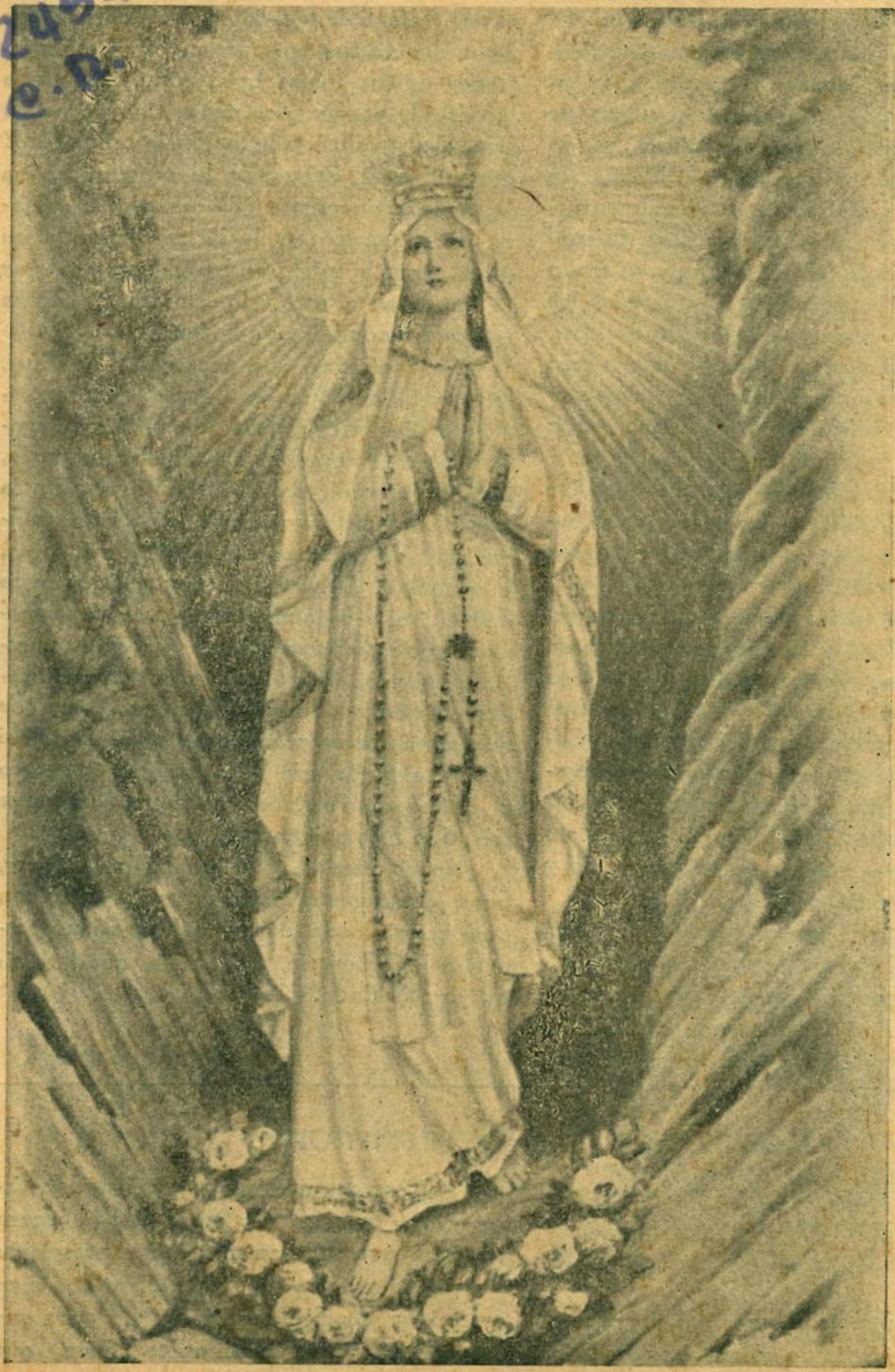
REVISTA COSTARRICENSE

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 9 de Enero 1947

No. 717

56
124542
C.R.



NUESTRA
SEÑORA DE
LOURDES



El Rosario en Familia

La familia está sufriendo no menos que la sociedad el embate de la irreligión y de lo que se llaman ideas nuevas, que en realidad son ideas muy viejas, pues son del paganismo. Y por efecto de esta fatal influencia muchas familias cristianas abandonan las prácticas religiosas a pretexto de que son antiguas, alegando que se ha de vivir con el siglo, y que hay que dejarse de preocupaciones. Déjate de cuentos y tontearías amigo mío; Dios siempre será de moda, y a Dios no le harán saltar de su trono todas nuestras locuras. Dios es de todos los siglos, o mejor, todos los siglos son de Dios. Y el servir a Dios, y el temerle, nunca será una preocupación, por más que haya cuatro docenas de infelices, no sé si más necios que malvados, que así aparentan creerlo.

¿No es pues, gran lástima que hombres que se llaman católicos den al olvido o hayan desterrado de sus prácticas cotidianas a esta santa práctica del Rosario en familia? ¿No causa tristeza que hombres de orden, de autoridad y de respeto, severos en todo, formales, conservadores, consideren como cosa del otro siglo, y propia únicamente de mujeres, esta devoción? ¡Como si el hombre más barbudo y empingorotado no tuviera el alma tan hija de Dios como la mujer! ¡Como si para ambos no hubiese la misma muerte, el mismo juicio y el mismo infierno o cielo!

Querido lector, quien quiera que seas, ¿no es verdad que no vamos bien, sino mal, muy mal? El nombre de Dios apenas se permite que reine en las costumbres públicas; ¿permitirás que la impiedad lo arroje tam-

bién del seno de tu familia? En muchas no se oye jamás este nombre adorable: en cambio se oyen palabras que los labios honrados no pueden pronunciar; chistes que los oídos castos no pueden oír; conversaciones de las cuales huye como espantada la virtud, porque destrozan sin piedad la fama del prójimo y la modestia cristiana. Y ¿porqué ésto? Porque a la religión divina se la ha arrinconado como lámpara solitaria en el templo; se la ha arrojado de las leyes, no se la tolera en las plazas, y tal vez tú empiezas a arrojarla también, como huésped incómodo, de la familia.

¿No es verdad que necesitáis de Dios, lectores míos? ¿no es verdad que necesitáis de Dios para el éxito de vuestros negocios, para la cosecha de vuestros campos, para el porvenir de vuestros hijos, para la salud de vuestros cuerpos y para la tranquilidad de vuestras almas? Oídme, pues, y concluyo. De las veinte y cuatro horas del día que repartís entre vuestros negocios, entre vuestros placeres y entre vuestro descanso, ¿tan duro se os hace conceder un cuarto de hora a vuestro Dios? ¿Es que talvez se os pide demasiado? No sé si os contentarías con que os diese tan poco el último de vuestros servidores. Creo que sois algo más exigentes.

¿No es verdad, querido lector? A ver, pues, cómo restablecéis en tu familia, con gran consuelo de tu mujer, la cristiana costumbre del Rosario, en familia, que habíais tal vez olvidado.

Sardá y Salvany.

Los fines del Matrimonio

La Santa Madre Iglesia, nos enseña que, con el matrimonio van unidos tres bienes: la generación, la mutua ayuda y el Sacramento.

La prole. Este es el principal fin para el cual ha sido instituído el matrimonio. Dios

dijo: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra". Esto quiere decir: traed almas al mundo para que se rijan por mis santas leyes y den esplendor a mi gloria. Para que sean redimidas por mi Preciosa Sangre, para que ésta no se vierta inútilmente. Para que

servan a sus semejantes, continuando la obra que yo empecé en el mundo, durante mi vida pública.

"El hombre y la mujer unidos, forman la unidad llamada a transmitir y desenvolver la vida humana".

La procreación, es una cuestión tan esencial en el matrimonio cristiano, que todo lo que se haga para impedirla, constituye delante de Dios un crimen; ya que se priva a esas almas, de venir al mundo para hacer méritos y gozar más tarde de la gloria eterna. Pero no solamente es delito ante los ojos de Dios, las leyes humanas castigan este proceder penalmente y lo repudian.

Ahora bien, de muchos años a esta época, las actas de defunción infantiles, superan a las de los nacimientos. ¿Por qué? Porque los matrimonios jóvenes, ya no quieren tener obligaciones, ya no quieren molestarse en cuidar y educar a los hijos. Desean libertad para pasearse y disfrutar de una vida ficticia y que las mayorías de las veces llega hasta el desenfreno. Los jóvenes piensan que la juventud va a durarles siempre. ¡Qué equivocación tan grande! El tiempo vuela vertiginosamente, cuando nos damos cuenta ya estamos viejos, y ¿hay algo más triste que una vejez solitaria; sin hijos que nos rodeen y nos cierren los ojos en el postrer momento? Y después de esto vendrá el juicio de Dios cuando nos demuestre que esos hijos tenían según su voluntad, tal o cual misión en la tierra y que por culpa de los que debieron ser sus padres no la cumplían.

¡Qué responsabilidad tan grande delante de Dios!

El segundo fin del matrimonio es la **mútua ayuda**.

El amor mutuo de los que contraen matrimonio, la unificación de dos vidas y dos almas en una sola. La confianza absoluta de uno en el otro, sin que intervenga jamás una tercera persona a interferirse

entre ellos arrebatándoles el amor a uno u otra. El Señor dijo: "Dejarás a tu padre y a tu madre, para unírte a tu esposo".

¿Podemos asegurar que reina la fidelidad en todos los matrimonios de ahora? Desgraciadamente ¡No! Teníamos costumbre de ver las infidelidades de los hombres. La iglesia desde luego no las acepta, porque la ley es pareja para ambos sexos; pero ahora nos damos cuenta muy a menudo, de las infidelidades de las esposas. Y este es el derrumbe más grande que puede haber para cualquier hogar. desde antaño, aún con las faltas del hombre; el hogar se mantenía firme y seguro; porque la mujer estaba en él como guardiana, como antorcha luminosa, pero desde el momento que la base del hogar, o sea la mujer empieza a desmoronarse por su mala conducta, lógicamente la masa del edificio se desmoronará.

Es muy duro para toda mujer, el ver que su marido va a buscar fuera de su casa y lejos de ella, el deleite, la ternura y los cuidados amorosos que ella está dispuesta a prodigarle; pero, nada gana con hacer lo mismo que él, teniendo además en cuenta que, el hombre es casi todo materialidad en sus amoríos, mientras que la mujer es muy apasionada, y sobre todo teniendo en cuenta su fidelidad a la ley de Dios. Entrega alma y cuerpo totalmente, para recibir una gran desilusión, puesto que generalmente el hombre que faltó a su deber, es como todos: buscador de sensaciones y novedades. ¿Y para esto se ofende a Dios gravemente? Para esto se pone en peligro el alma? Para esto se descuida lo que es verdadero y no espejismo, como son los hijos y el hogar?

Por otra parte, los hombres deben de tomar muy en cuenta de que ellos tienen una gran responsabilidad delante de Dios, de los pecados de sus esposas; ya que generalmente las orillan a que caigan, por su abandono y descuido. Ellas en su dolor,

y amargura buscan consuelo en otra parte indebidamente.

El tercer bien del matrimonio católico, el gran bien, es que el contrato o consentimiento que se dan y aceptan mutuamente sobre sí un varón y una mujer, hábiles para contraerlo, se eleva a la alta dignidad de Sacramento produciendo éstos la unidad y la indisolubilidad del vínculo en-

tre ambos esposos y santificándolos con la gracia que todos reciben para guardar fidelidad y cumplir con todos sus deberes.

Sólo por un impedimento dirimente que debía haberse conocido antes del matrimonio puede intentarse la desilusión del matrimonio católico pues "lo que Dios unió, el hombre no lo puede separar".

El Divorcio

Por Lupe Rubín

*Todos tenemos un terror —muy bien fundado—, en la "bomba atómica". Este descubrimiento es terrible; destroza, arrasa, y las consecuencias de sus efectos son indudablemente espantosas. Pero hay algo más pavoroso que la bomba atómica y que desde hace mucho tiempo, viene haciendo la ruina y la devastación en la sociedad, sin que nadie se espante ni le tenga miedo. ¡Este algo es el DIVORCIO!

El divorcio, que cada día cunde más en todos los círculos sociales; el divorcio, con que muchos al casarse cuentan como con su mejor aliado; pues continuamente oímos decir "Me caso tal día, pero naturalmente ¡si me va mal me divorcio!". . . La mayoría de las gentes lo ven ya como la cosa más natural; ayer mismo leíamos en un diario capitalino de gran prestigio, este anuncio: "divorcios rápidos en una semana, por sólo cuarenta pesos de honorarios".

¿Es posible que el mundo haya llegado a un descenso tan grande, que una cosa tan inmoral como el divorcio, se efectúe por todos los sitios con la facilidad con que se bebe un vaso de agua?

Vamos a analizar las espantosas repercusiones que deja el divorcio. Desde luego y ante todo, se falta gravemente contra la santidad del Sacramento del matrimonio. La Iglesia no lo acepta, y si no lo acepta, es porque tiene sus razones muy poderosas. El casarse es para fundar un hogar y crear una familia. Esto es, que los dos sean el

uno para el otro; y en esta forma impedir el libertinaje. El crear una familia, se entiende que los hijos tengan un amparo legal ante Dios y ante los hombres; para educarlos en medio de la moralidad y las buenas costumbres. En todos los casos de divorcio, los hijos son las víctimas y los que sufren más.

Si son pequeños, carecen de los cuidados de los dos; puesto que, al adquirir el compromiso matrimonial, cada quien tiene sus deberes y obligaciones para con ellos. Si son mayores, se encuentran con el dilema de que los hijos, aman a su padre y a su madre, no saben a qué lado inclinarse, no aciertan a quien darle la razón. Les avergüenza el que los demás sepan que sus padres están separados; y se crían un complejo de inferioridad ante los otros compañeros, que tienen padre, madre y hogar. Muchos de estos hijos podían haber sido para la sociedad hombres y mujeres de gran provecho; pero se tornan inservibles, porque están desilusionados, porque no tienen ganas de hacer ningún esfuerzo; porque sobre ellos pesa moralmente la falta que han cometido sus padres.

Pasemos a la segunda fase del divorcio. El padre o la madre divorciados, se creen con el más absoluto derecho de volver a rehacer su vida, casándose nuevamente, cada uno por su lado. Entonces el desastre se agranda y toma las proporciones de un cataclismo. La Iglesia imputa como una

falta mucho mayor a los que esto hacen, ya que por medio de la ley civil legalizan un pecado mortal, y tiene que conceptuar a esos individuos, completamente fuera de la Iglesia. A causa de esto, los hijos que viven con el padre o bien con la madre, están obligados por las circunstancias a ver en su hogar, sea a una mujer o a un hombre, ocupar el puesto de su verdadero padre o madre. ¡Hemos tenido muchas ocasiones de recibir las confidencias de estos hijos y podemos asegurar que no hay nada más desgarrador! No pueden ver con buenos ojos al usurpador o usurpadora, en el fondo de ellos mismos hay muchísimos que llegan a odiar a los padrastros o madrastras. Muy a menudo los hijos huyen del hogar, por no poder soportar esa convivencia, y lo triste es que en lo íntimo de su alma desprecian a sus padres. Hay que ver que en la vida, los hijos son los jueces más severos, esto es lógico; cada uno de nosotros ve en sus padres a un dios en la tie-

rra y cuando palpamos una mala acción que ellos ejecutan, no lo confesamos; pero en lo más profundo de nuestro ser nos sentimos lastimados. Llega el momento en que también muchos hijos hacen a sus padres reproches muy duros. Otros en ocasiones han asesinado a los que ocupan en su hogar el sitio del intruso. Y cuando nacen hijos de esta segunda unión, reinan los celos, la envidia y muchas pasiones más que rebajan.

La Iglesia en numerosos casos permite la separación de los cónyuges cuando hay algún motivo serio; pero de ninguna manera acepta que se casen con otra persona. También en contadas circunstancias concede la anulación del matrimonio. Esto solamente el Sumo Pontífice puede hacerlo, después de haber estudiado detenidamente el asunto con todas las pruebas que ameriten su determinación.

En la historia hemos visto hasta donde llega la firmeza de la Iglesia sobre este pun-

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

to. Citaremos aquí solamente un ejemplo: Enrique VIII Rey de Inglaterra pidió a Su Santidad Clemente VII que anulase su matrimonio religioso con Catalina de Aragón, para casarse con Ana Bolena., y como el Papa se negase a ello por no haber motivo, el Rey lo amenazó con hacer un cisma en Inglaterra. Iba de por medio la abolición de la Religión Católica en todo el reino. Ello no obstante, el Papa se negó a permitirle nuevas nupcias mientras viviese Catalina de

Aragón. Esa firmeza de la Iglesia, es la base de todo lo que a ella concierne. Sus leyes, han sido, son y serán las mismas a través de todos los tiempos.

Si se pudiesen escribir todos los dramas íntimos que causa el divorcio, se llenarían páginas sangrientas. Por lo tanto toda persona consciente de sus deberes y de su religión, está obligada a protestar en contra del divorcio y hacer la más eficaz campaña para abolirlo.

El baúl del Padre Anastasio

El afán por los cachivaches, como dice mi amiga a las cosas que no están en el orden del día, me hizo poseedora, —feliz casualidad—, de un objeto de insospechada existencia; el baúl que perteneció al Padre Anastasio González. Una de esas arquetas muy en boga siglo y medio atrás; forrado en cuero negro, claveteado de tachuelas doradas, algunas de ellas perdidas en el constante bregar de los días, quedando intactas las que dibujan el nombre, lujadas y brillantes, cual si acabaran de ser colocadas.

Este hallazgo hizo despertar en mi corazón dormidos recuerdos, ilusiones e inquietudes de mi niñez, borrosas ya por la larga distancia. ¡Cuántas veces he mirado este baúl, ansiando oír, escapadas de su interior, voces lejanas que me hablan de sus antiguos poseedores, de sus costumbres, de su siglo!

Bruma que envuelves el pasado de los seres y las cosas, através de la cual la mente pretende en vano perseguir imágenes y escenas que se esfuman y de las cuales no conocemos más que un insignificante detalle, o las escasas letras de un nombre. Nostalgia de los tiempos idos —hondos anhelos de conocer los hilos que tejieron nuestra vida—.

Y aparece la buena tía Margarita, esbelta como pino que los años no lograron doblar; y oigo el fru-fru que producen sus engomados fustanes y la ancha falda de su túnico al roce ligero de los ladrillos. Cargadas las manos hacendosas, como las de Marta la bíblica, con la ropa limpia, olorosa a raíz de violeta y a plan-

cha calentada al fogón, y que primorosa, va colocando en el fondo del arcón. Virtuosa mujer que consagró su vida, desde que era moza y era guapa, al servicio de Dios, y de su hermano el sacerdote. Y a quien siguió con singular devoción, en su misión evangelizadora, soportando abnegada, largas jornadas a lomo de mula, por atajos casi intransitables, bajo soles ardorosos, en regiones malsanas.

Del padre Anastasio González sé muy poco; una que otra fecha, la escritura de compra de un terreno; el nombre de algún curato en que sirvió; el día en que murió,... Y en cierta ocasión, y a mi afán inquisitivo, una persona respondió: "Oh, el padre Anastasio era un santo, —decía mi madre—. Alto, fornido de cuerpo y de alma blanda, fortaleza y ternura a un mismo tiempo. Pastor incansable en el rebaño del Señor; cuantas veces necesario fuera, hacía alto en el camino para socorrer a la ovejilla enferma o descarriada, que curaba y volvía al redil envuelta en el manto de su gran caridad." Su trayectoria fué corta. Y díjoseme también, que al morir encontraron en sus carnes las huellas del cilicio.

Anastasio Alfaro González, su sobrino, heredó su nombre y el cariño de la tía Margarita, la cual ocupó solícita el lugar de la madre al quedar el niño huérfano y en quien ella soñó ver continuada la vida clerical de su ilustre hermano.

Dicho sobrino pasó su niñez, bajo el alero protector, en un ambiente colonial, de paz netamente cristiana; jugando a decir misa, con

la casulla y los ornamentos que la tía le cosiera; luego fué monaguillo, tocó pitos de agua y cantó villancicos para Navidad; iba a los lavatorios de pies vestido de apóstol, y no es raro que alguna vez catara el vino que le diera el sacristán... Y cuando ella lo creía ya en camino de vestir la sotana y el sombrero de teja, abandona la casita familiar, atraído por su afición a las Ciencias Naturales, para entrar a la Universidad de Santo Tomás,

Si el sendero escogido fué otro, no por eso es menos noble y fecunda su vida.

Quien se consagra al estudio de la Naturaleza siente la necesidad de la virtud. Quizá sea la grandiosa armonía de ésta, la intensa emoción que produce su inteligente contemplación y la continua unión del alma con el Creador, la que despierta el anhelo de la misma.

Su vida desde entonces gira alrededor de una constante preparación espiritual, de un sincero amor a lo noble y a lo bello; lleno siempre el corazón de la mayor ternura para los su-

jos. Palanca, ésta, que mueve su existir y que parece concentrarse en sus ojos, húmedos a la menor vibración de afecto.

En algunas ocasiones he sentido el absurdo deseo de haber podido ser contemporánea de mis antepasados para pagarles con mi cariño, el cariño y los cuidados que prodigaron a aquel niño de entonces, que hoy cumple ochenta y dos años y que ha vuelto a su ciudad natal más grande y más rico que cuando de ella partió. Es decir, no cargado de oro, ni de honores de los hombres, sino más rico, grandemente más rico en valor moral; honrado el nombre que heredó al nacer, y llevando consigo el amor el orgullo que por él sienten su esposa y sus hijos.

Dichosos quienes pueden repetir con propiedad el célebre pensamiento: "La ley moral en nosotros, y el cielo estrellado sobre nuestras cabezas".

Isabel.

Febrero 16 — 1947.

Ojos que no ven

I

—Te enseñaré mis trajes—decíale cierto día la joven, hermosa y opulenta María Luque, viuda de Vázquez Molero, a su íntima Lolita Valladares.

—¿Vinieron ya?—interrogó ésta sin parar mientes en lo insulso de tal pregunta.

—El martes de la semana pasada.

—¿Te gustan? ¿Estás satisfecha?

—A ver qué te parecen—contestó la viuda, que levantó luego la voz.

—Lucía—le dijo a su doncella,—tráete los vestidos.

Poco tardó en presentarse la muchacha trayendo en sus manos dos maravillas de lujo y elegancia; y dándoles vueltas para acá y para allá, en este y en el otro sentido, llevóse largo rato, mientras las dos señoras celebraban con múltiples exclamaciones, reveladoras fieles de su frivolidad, la belleza de los tonos, el buen corte, lo rico del

adorno, el gusto en la combinación y otros mil detalles importantísimos todos para los que viven esclavos de la moda.

Entregadas a tan grato solaz se encontraban aún cuando entró en el gabinete Da. Antonia Velasco, respetable anciana, tía de la Vázquez Molero, que levantando los ojos al cielo,

—¡Bendito Dios!—exclamó,—parece increíble el poder que ejercen los trapos sobre algunas mujeres. Me vengo riendo sola de oír los asombros y ponderaciones de ustedes.

—Vamos, tía Rosa—repuso la viudita,—no hay que extrañarse, que a usted en sus buenos tiempos también le agradarían estas cosas.

—No lo niego; me gustaba, como es natural, vestir decente y con arreglo a la moda; pero este desatino tuyo nunca lo he tenido.

—Pues, tía, desatino me parece poco; yo siento algo más, confieso mi flaqueza;

II

se me van los ojos detrás de las blondas, las cintas, los sombreros, las joyas, de todo lo que se ha inventado para nosotras, y sin duda alguna para que usemos de ello.

—En eso estriba precisamente la dificultad, en que del uso pasamos al **abuso**; porque yo no digo que vistas como una artesana, pero de eso a lo que haces, hay mucha distancia; viste con arreglo a tu posición y a tu clase, pero no olvides tu estado: las viudas deben ser modelos de modestia.

—Cuando son viejas, tía.

—Pero, hija, aun cuando no seas vieja, tampoco eres niña; ni tan torpe que se te oculte que llevo razón, aunque por encima de eso hagas lo que te parezca.

—Clara y no Rosa, debía usted llamarse.

—Al pan se le ha de llamar pan, y al vino, vino; pero vamos a otra cosa. ¿Quieres venir conmigo esta tarde a visitar a los pobres?

—¡Tía! . . .

—Sobrina, conversación concluida

—Tía, por Dios, que no he dicho nada.

—Figúrate—dijo entonces la anciana encarándose con Lolita Valladares—que mi compañera de visitas está enferma y los pobres hace tres días que esperan el socorro; como el reglamento. . . .

La viuda, que soñaba tiempo hacía con la fortuna, por cierto no despreciable, de Doña Rosa, sin más fin que aumentar en lo porvenir el esplendor de sus galas.

—Pero tía—le advirtió,—¡si no tiene usted que dar explicaciones de ningún género, si pienso acompañarla!

—¿De grado o por fuerza?

—Nada de fuerza, con mucho gusto.

—Bien; pues en ese caso, a las seis hemos de estar en la calle; y si ustedes no mandan otra cosa, me voy por donde vine.

Y diciendo y haciendo desapareció a lo largo de la galería, en tanto que las dos amigas reanudaban su interesante conferencia sobre dijes y trapos.

—¿Qué impresión me ha causado esta pobre muchacha, tía Rosa! Tísica pasada, en ese cuarto tan oscuro y tan bajo de techos, sin más cama que un jergón tendido en el suelo, careciendo de todo. . . .

—¡Si pensáramos en estas cosas antes de gastar en nada superfluo!. . . .

—Verdaderamente; pues ¿y la infeliz mujer que tiene el cáncer en la garganta? ¡Qué pena! Metida en aquel hueco de la escalera. . . y . . . ¡es claro! el pobre hombre ¿cómo ha de ir a trabajar? . . . ¡Angelitos!. . . Los niños daba lástima verlos. . . Yo no podía imaginarme situaciones tan extremas, ni que abundaran tanto los desgraciados.

—¡Toma! Si todos los que malgastan se acordaran de que los ricos son los administradores de los pobres, no serían tantos los que sufren; porque, señor, yo no digo que las personas pudientes coman potaje ni vistan sayal; pero, desengañémonos, hay refinamientos y delicadezas que cuando llegue la hora de rendir cuentas se van a pagar caros.

—Esa indirectilla, ¿es del P. Cobos, tía Rosa?

—No; hablo en general, porque ya ves el socorro tan corto que hemos traído para remediar necesidades tan graves y tan verdaderas; pues si las personas de gran posición, así hombres como mujeres, ingresaran en las Conferencias y vieran por

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTES Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

sí mismas tan lastimosas escenas, te aseguro que cercenarían muchos de sus gastos, y a los pobres se les haría la vida más llevadera; pero no tocan estas cosas, y jojos que no ven...!

—¿A cuánto asciende la colecta semanal en su Conferencia de usted?

—A muy poco, mujer; acaso no llegue a sesenta pesetas, cuando doscientas no bastarían para atender las más urgentes necesidades de las familias visitadas.

III

—Lolita—decíanle meses después en la tertulia de los de Arenas a la íntima de María Luque, dínos algo de tu inseparable. ¿Ha sufrido algún quebranto en su fortuna?

—Supongo que no, porque hace pocos días precisamente ha comprado un par de fincas, preciosas, por cierto.

—Entonces pensará en el claustro; porque esa modestia, en ella que tan aficionada ha sido al lujo, quiere decir algo.

—Tal vez; pero yo nada sé, porque cuando no me dicen, no pregunto.

—Por supuesto—observó una señora entrada en años,—que ahora es cuando va perfectamente: como cuadra a una señora de su posición, pero sin la menor inmodestia.

—Hasta mejor parecida resulta—afirmó un joven sesudo.

Por algún tiempo, en el círculo de relaciones de la viuda de Vázquez Molero no se habló más que del notable cambio operado en ella, sin que nadie fuera tan osado que se atreviese a preguntar la causa, ni tan listo que la adivinase; pero la colecta de la Conferencia que presidía Doña Rosa pasaba siempre de cien pesetas y los pobres acogidos a ella se hacían lenguas encomiando el afable trato y la generosidad de la nueva socia.

DHAMMAH

(De Revista Católica)

Los Ojos de Santa Lucía

En la vida tradicional de Santa Lucía no figura ningún episodio relacionado con los ojos: Lucía, doncella natural de Siracusa, se negaba a casarse con un joven a quien sus padres la destinaban; el desairado mancebo denunció al juez, Pascasio, que Lucía era cristiana, y ni los ruegos ni las amenazas fueron suficientes para que la santa Virgen sacrificase a los dioses. Irritado Pascasio, mandó que la llevaran a un prostíbulo, pero nadie la pudo mover del sitio en que estaba, ni arrancarla por fuerza, aunque la ataron con sogas y tiraron de ella muchos hombres y hasta varias parejas de bueyes, y aunque la rociaron de aceite y la prendieron fuego; sólo cuando le atravesaron la garganta con una espada, murió. Así resumen la vida de la Santa los martirologios medievales y otros relatos literarios, como los de Pedro Comentor, Vicente de

Beauvais y San Antonio de Florencia, y así la dan distintas versiones de Flos Sanctorum de Alonso de Villegas, continuado por Rivadeneira, Niedemberg, Francisco García y otros. En ninguno hay pasaje ni episodio que se relacione con los ojos.

La erudición moderna ha llegado únicamente a demostrar la existencia de la Santa y su culto muy antiguo, y a saber que el Papa Honorio (625-628) levantó una Iglesia en su honor en Roma, y que sus reliquias pasaron desde Espoleto, donde estaban en el siglo VII, a Corfinium y al monasterio de San Vicente, de Mertz; que la mayor parte de su cuerpo fué trasladado desde Siracusa hasta Constantinopla, en 1038, y después de San Jorge de Venecia, en 1204; y que su cabeza fué llevada, en 1513, desde Venecia a la Catedral de Bourges.

Paralelamente a la vida de Santa Lucía

corri ó durante la Edad Media, una leyenda piadosa, recogida en la literatura cristiana y en la musulmana. La versión más antigua figura en el Prado Espiritual, colección de anécdotas de los padres del yermo, recogidas por Juan Moschus, llamado en griego "Eykrates" (corrompido lueo en Everato), que vivía a fines del siglo VI. El relato de la doncella que se sacó los ojos dice, en resumen, que una monja retirada en su celda y dedicada a la vida penitente era asediada por las solicitudes de un joven, hasta el extremo de que ella, para evitar la persecución, hubo de recluírse en su habitación. Cierta, día la monja hizo llamar al joven y le preguntó por qué la molestaba tanto con sus palabras amorosas. Al contestarle el mozo que estaba profundamente enamorado, ella le preguntó: "Y qué has visto de hermoso en mí para amarme con tales extremos?" A lo que contestó el galán: "Tus ojos" Al oír tales palabras, cogió la monja una lanzadera de tejer y se sacó los ojos. El mancebo impresionado, abandonó el mundo y se hizo monje piadosísimo.

Este relato, acaso histórico (lo mismo que otros hechos y dichos de los Padres del Yermo), aplicación literal del precepto evangélico que dice: "Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo", pasó a la literatura piadosa de los musulmanes, y desde muy antiguo empezó a relacionarse con la vida legendaria de Santa Lucía, a juzgar por la versión de un canto popular de Monferrato. Figura en unos Milagros de la Virgen, del siglo XIII publicados por Eris Levi, don-

de el enamorado es el Rey de Inglaterra, y la monja mandó sus ojos al galán en un plato aunque luego los recobra por intercesión de la Virgen; se repite en la leyenda florentina de Sor Dea y Misser Zibedeo, "una de las páginas más vivas y bellas de la prosa antigua italiana".

En España hallamos un relato, fijado en 1420, en que la beata Lucía, dicha de Casta, monja dominica, se arranca los ojos para enviarlos al galán enamorado de ellos y luego los recobra milagrosamente: se dice que en Francia y en Jerez de la Frontera hay erigidos altares en su obsequio. El relato de la monja que se sacó los ojos se sajerta por primera vez—de lo que yo conozco—en la vida de Santa Lucía, en el libro titulado Parthenices Septem (Alcalá, 1536), obra de Fr. Bautista Mantuano, carmelita, teólogo y poeta clarísimo, que vivía aún a fines del siglo XV. En el pasaje correspondiente de la vida de Santa Lucía se pinta al Cónsul Pascasio enamorado de los ojos bellísimos de Lucía, a la santa que se los arranca y se los envía, y el milagro de recobrarlos, todavía más hermoso. El mismo Mantuano, en otra obra suya (Dfastis, 1527), al tratar de Santa Lucía, no alude para nada el episodio de los ojos, lo cual indica que a principios del siglo XVI había fluctuación en admitir este episodio en la vida de la Santa.

Poco a poco se va repitiendo, debido al interés trágico de que está impregnado: y Juan Maldonado, en sus Vitae Sanctorum (Burgos, 1531), intercala ya el episodio, atribuído al cónsul Pascasio.

Las representaciones iconográficas de Santa Lucía señalan una gran vacilación en lo tocante a los ojos. Las imágenes italianas del siglo XIV no aluden para nada a ellos: así Iranzo, en cuadro fechado en 1380. En el Siglo XV ya se ve alguna alusión: Criselli, en el Museo de Perusa; Juan Spagno, en la Iglesia de Santiago de Espoleto; B. Gozzoli (1476), en la Iglesia de San Francisco, de Temi; Juan Belli-

CARLOS MARIA JIMENEZ

EUGENIO JIMENEZ

Abogados

ni, en el Museo de Londres, representan a Santa Lucía con los ojos en un plato. Pero hay varios casos, algunos más antiguos, que no tienen nada referente a los ojos; como el tríptico de Benvenuto di Giovanni; en el cuadro de Filipino Lippi, en la Catedral de Prato; en una escultura de Andrea de la Robbia, en Prato; en el cuadro de Holbein el Viejo, del Museo de Praga; en otro de Cima da Conegliano, de la Academia de Venecia.

En el siglo XVI es general la alusión a los ojos en las obras de los artistas que representan a la Santa, consecuencia, sin duda, de la interpelación de la leyenda en los santorales. Algún pintor la representa con los ojos clavados en una aguja, como Ambrosio Borgognone, en el Museo de Bergamo; pero la mayor parte la pintan con los ojos en un plato, como Palmezzano, Costellini, Veronés, etc. En la iconografía española es muy antigua la presentación con los ojos; ya se ve así en un frasco ro-

mánico de San Pedro, de Tarrasa, del siglo XII, que está en el Museo Arqueológico de Barcelona. Otra imagen del siglo XIV, de la misma procedencia, figuraba en la Exposición de Barcelona; de fines del siglo XV está en el retablo del altar de Santa María y Todos los Santos, de la Catedral de Cuenca; y en el Museo del Prado hay un cuadro del estilo de Correa di Vivar que tiene la Santa con los ojos en una fuente.

Sería largo relatar la persecución del tema en nuestra literatura; citaremos sólo la comedia de Arcé de los Reyes Cegar para ver mejor, bello ejemplo de comedia de Santos, y el episodio del "Príncipe sin nombre", arragoso Drama Universal, de Campamor, donde aparece el relato con todos sus espeluzantes detalles, para indicar el interés que el tema despertó entre nuestros escritores.

Angel González Palencia

Santidad Campechana

Pasando Teresa de Jesús por las calles de Sevilla con otras monjitas suyas, con el velo por la cara, un militar le dijo:

—De buena gana le daba cien palos por ir con la cara tapada siendo tan bien parecida como yo me presumo.

Al oír estas palabras la santa, se volvió al militar y le dijo, descubriéndose el rostro:

—Cúmplame vuestra merced la palabra, si es caballero, de darme los cien palos, porque los necesito para el Monasterio que quiero fundar en esta ciudad.

Tan encantado quedó el militar por la soltura y el donaire con que le replicó la santa, que ésta pudo contar con su valiosa protección para llevar a cabo la fundación de Sevilla.

La Ignorancia

La ignorancia es la condición necesaria, no digo de la felicidad, pero sí de la existencia misma. Si lo supiéramos todo, no podríamos soportar la vida ni una hora. Los sentimientos que nos la hacen parecer dulce o siquiera tolerante nacen de una mentira y se alimentan de ilusiones.

Si, poseedor, como Dios, de la verdad, de la única verdad, un hombre la dejara caer de las manos, el mundo quedaría aniquilado y el universo se disiparía como una sombra. La verdad divina, como el juicio final, lo reduciría a polvo.— Anatole France.

El Escapulario Verde

El escapulario verde es un pedazo de paño verde de forma rectangular, suspendido de un cordón igualmente verde, cerrado en lo alto. En uno de los lados aparece la imagen de la Virgen teniendo en sus manos su corazón, en el otro lado se ve un corazón, traspasado por una espada, todo inflamado de rayos y rodeado de una inscripción que dice: "Corazón Inmaculado de María, rogado por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte".

Este escapulario, al cual se atribuye conversiones y curaciones extraordinarias, fué revelado por la Santísima Virgen a una Hermana de la Caridad.

El 27 de noviembre de 1839 entró en el Seminario de las Hijas de la Caridad una joven de la cual se sirvió la Divina Providencia para dar a conocer esta nueva devoción.

Durante los primeros ejercicios la joven Hermana Bisqueyburu fué favorecida por primera vez con una visión celestial.

Estaba en oración cuando de repente se le apareció la Santísima Virgen, vestida de una túnica blanca y de un manto celeste, sin velo, los cabellos caídos sobre los hombros, y teniendo en sus manos su corazón, de donde salían llamas. Unía a la majestad del porte, una hermosura celestial.

La misma visión se repitió varias veces, hasta que, el 8 de setiembre de 1840, día de la Natividad de la Santísima Virgen, tuvo otra visión, en la cual la Madre de Dios tenía en la mano derecha su corazón inflamado y en la otra, un escapulario verde como el que ahora se usa. Al mismo tiempo una voz interior hizo comprender a la Hermana que este nuevo escapulario

estaba destinado a la conversión de los pecadores y a procurarles una buena muerte.

Apenas distribuido, el escapulario produjo maravillosas conversiones. Entre otras las de un impío que no podía ver a un sacerdote sin blasfemar y después de haber recibido el escapulario se sintió cambiado de repente y se confesó al día siguiente. Y la de un griego cismático que ha sido convertido por el mismo escapulario y curado de espantosa lepra.

Estos hechos se multiplicaron de tal modo que ahora son innumerables.

El escapulario verde fué aprobado por el Papa Pío IX en 1863.

MODO DE USARLO

Basta que sea bendito por un sacerdote, y llevado por la persona cuya conversión se desea. Aún se puede, sin que lo sepa ponerle en su vestido, o en su cama, o en su habitación.

Se debe rezar cada día la oración que se lee en el escapulario: **Corazón Inmaculado de María, rogado por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.**

Siendo este escapulario propiedad de las Hijas de la Caridad, las personas que lo deseen, deben dirigirse a alguna de sus casas.

Es bueno publicar las gracias recibidas por su medio, siendo para la gloria de Dios y de su Santísima Madre.

Nihil Obstat

Francisco Lagraulá

C. M.

Director de las Hijas de la Caridad

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús, en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

NOVELA

le pareció el canto de pájaro, sino de hombre, y no se equivocaba porque a la otra parte del bosque, como respondiendo, se oyeron silbidos, y sin darle tiempo al judío a nada se le echaron encima cuatro bandoleros y le tiraron de la mula abajo a él y a la maleta. Arrastrando lo llevaron a una cueva donde había una hoguera encendida; otro bandolero afilaba un cuchillo a una piedra de amolar. —Muerto soy— pensó el judío, y más, cuando vió que le arrastraban a un poste de picar esparto, para degollarle lo menos. Entonces se encomendó de todo corazón al Santísimo Cristo de los cristianos y le prometió convertirse y hacer una imagen del Señor en la Cruz y una ermita en el mismo lugar en que se encontraba. —Yo juro no descubrirlos —les dijo a los ladrones— si me perdonáis la vida; quedaos con mi maleta que está llena de oro, plata y diamantes, pero dejadme vivo, que tengo mujer y diez hijos. — Entonces los ladrones se conformaron y lo desataron diciéndole que podía marcharse y se pusieron a abrir la maleta creyendo encontrar el oro y el moro, como había dicho el judío...

—¡Vaya chasco que se llevaron!

—¿Sabe usted lo que encontraron, señorita Sol?

—¿Qué encontraron, Nando?

—La imagen del Santísimo Cristo, la misma que hay en la ermita... Los ladrones creyeron que el judío se había burlado de ellos y arremetieron contra él, pero Cristo hizo otro milagro; de entre los pinos salió un joven montado en un caballo, a galope tendido, bien armado y muy arrogante. Los bandidos, que lo vieron, echaron a correr despavoridos. El joven ayudó a montar al judío y le recogió la maleta y juntos salieron del bosque al camino real de Barqueros, pero cuando se volvió el judío para darle las gracias, encontré que había desaparecido el caballo y el caballero. Prosiguió su camino y cuando llegó a Barqueros y abrió su maleta para volver a contemplar la imagen del Santísimo Cristo, vió asombrado que además del Cristo estaba en su maleta to-

do su tesoro; su oro, su plata, sus diamantes... Figúrese usted, si estaría agradecido, señorita Sol; se encontró la vida y la fortuna. Cuando volvió de la feria de Santander contó a su familia lo sucedido, se bautizaron todos y a su costa levantó la ermita y puso en ella la imagen del Señor. por eso se llama el Santísimo Cristo del Judío.

Cuando el chiquillo acabó de hablar, la luna pintaba ya de plata el mar y los faros lejanos cabrilleaban potentes. Soledad se levantó y emprendió el regreso acompañada de sus amiguitos hasta la misma puerta de la viuda. Esta y la generala tomaban el fresco en la especie de terraza que la precedía y luego de ofrecer a Sol una silla que aceptó, continuaron una conversación interrumpida.

—¿Quiere, decir, Rosenda? —insistía un tanto incrédula doña Carlota.

Sí, señora, si me lo ha dicho a mí Bernardo, el marido de la Gabriela, que vive en la choza de al lado y son los encargados de cuidar de la casa. Verá la señora: cuando la gente que comercia en lo fresco venía de la ribera con el pescado, he parado yo a Bernardo para comprarle una merluza (que mañana, si Dios quiere, la voy a guisar en asado al horno) y entonces me ha dicho: "Pronto tendrá usted vecinos nuevos, señá Rosenda". "¿Y cómo, Bernardo?" "La casa que se alquila".

—¿Y a quién? ¿No lo sabes? —volvió a preguntar doña Carlota.

—No, eso no lo sé; nada más me dijo Bernardo que por la mañana estuvo el amo de la casa, que, como la señora sabe, es un capitán de barco mercante retirado que vive en Oviedo, y avisó a Gabriela que para fines de semana lo tenga todo bien limpio y tres camas hechas. Parece ser que la han alquilado para cuatro meses.

—¡Anda, entonces es que piensan pasarse en La Rocosa todo el otoño! —se echó a reír Sol—; pues en cuanto empiece a picarse el mar no debe ser muy comfortable este paraje.

—No lo creas —aseguró doña Carlota—;

yo he pasado todo el invierno aquí, en casa de Rosenda, y no me importaría volver a pasar-me otros diez más. Con buena leña en la chimenea y unas vidrieras bien ajustadas en las ventanas, no hay temor al frío ni a la humedad de los malos días revueltos, y en los serenos y calmos, cuando sale el sol, la playa es siempre amable, risueña y acogedora. Tú lo verás, porque en regresando de Vichy, nos instalaremos otra vez en La Rocosa hasta vísperas de Navidad... Y quién sabe si nos dará también la idea de pasar aquí esos días...

—No sería la primera vez, señora Condesa —insinuó con viva satisfacción la viuda.

—Pues si por mí no llueve... —dijo Soledad.

La generala se detuvo un instante a mirar la bajo el encanto de la luna que la envolvía como un halo. Desde que estaban en La Rocosa, la muchacha se había desconocido. Era un cambio radical hacia el vigor y la robustez. Y tan contenta y adherida al medio la veía la generala que hasta se le hacía cargo de conciencia sacarla de aquel ambiente de calma absoluta y de compenetración con la naturaleza agreste, salvaje y primitiva para transplantarla a Vichy durante el mes de setiembre, donde Sol, poco aficionada a la vida mundanal, iba a sentirse de seguro un poco descentrada. Doña Carlota no podía menos de recordar que aquella mujer de tan acabada hermesura, había sido sometida a un especial régimen de vida, el cual formó al fin su espíritu en el molde recio, sencillo y rectilíneo de los que por vivir alejados de las gentes, están en continua comunión consigo mismos y en perpetua contemplación de las maravillas de Dios, en las cuales estudian como en un libro.

De jovencita se resistió siempre a salir de Olarriaga y frecuentar la sociedad en el bello palacio que el Duque poseía en Madrid. Este le llamaba arisca, ridícula, zahareña, pero al decirselo se reía encantado de pensar que la compañía del viejo padrino y la paz de los campos bastaran a aquella alma joven para la cual las sugerencias de la vanidad, de la ambición, del lujo y de tantas otras pasioncillas femeniles eran letra muerta. Carácter retraído, un poco huraño (¿quién sabe si una

misteriosa intuición le hablaba en el fondo del alma, apartándola de un mundo en el que más tarde debía convencerse que no tenía entrada), recibía en cambio con donosa gentileza a los escasos invitados a quienes el duque se dignaba conceder el honor de compartir con él durante unos días su principesca residencia campestre: el castillo de Olarriaga.

La primera vez que doña Carlota la vio hacer los honores a media docena de invitados a una cacería, quedóse convencida que, pese a su total ausencia de trato mundano y a su natural retraído, era Sol una encantadora personilla que encerraba la promesa de una perfecta señora de su casa para un porvenir tal vez no lejano, en el cual al encogimiento de la inexperiencia sucediese el aplomo de la costumbre. Cuando Rosenda se levantó para ir a preparar la cotidiana sopa de cangrejos, que era el plato preferido de la generala, ésta se volvió ligeramente hacia Sol.

—Estoy pensando que tal vez prefirieses quedarte con Teresa en La Rocosa a venir a Vichy este mes de setiembre...

Sol levantó sorprendida los ojos que erraban deambulando por la lisura del mar, espejo de la luna.

—¿Por qué me dice eso, tía? —murmuró inquieta.

—Porque la temporada de Vichy es muy ajetreada y muy mundana y a ti no te gusta eso. Además, te has puesto muy bien aquí y, la verdad, sentiría que el trajín del balneario te desmejorase. No nos faltaba otra cosa, con lo que has costado de poner a tono. Y como ya te dije un día, la independencia es la cosa más respetable que existe en este mundo, así que no veo el por qué no gustándote el bulle bulle tengas que dejarte esta paz y esta tranquilidad y este sol tan hermoso y este aire tan rico, y los guisados y las sopas incomparables de Rosenda para bailar como una peonza en Vichy, o ver funciones insulsas en el teatro, o porquerías en el cine, y aguantar la lata de los pretendientes que van a salirte... ¡y comerte los guisotes que se le ocurra confeccionar al *chef* del hotel, que siempre suele ser algún *franchute* extravagante! Claro

que tú no habías de someterte al régimen...

Soledad callaba, tentada por el deseo de echarse en los brazos de la señora y rogarla que la dejase en La Rocosa. Teresa entraba y salía poniendo el limpio, pero modesto servicio sobre la mesa del zaguán, encima de la cual ardían los cuatro mecheros de un pasado velón de bronce con pantalla.

—¡Esta vida patriarcal es sugestiva! —comentó al fin Soledad en voz baja, como si hablase a sus solas.

—¿Eso quiere decir que la prefieres a la de Vichy? No seas tonta y di la verdad.

—Pues la verdad es que el balneario, tal como usted me lo ha descrito algunas veces, no me seduce y menos que nunca en mis actuales circunstancias, en que mi posición es en realidad falsa y difícil, ¿no le parece a usted? Pero me disgustaba pensar q' por mi causa tenga usted que pagarle a Rosenda un mes de alquiler más...

—¡Calla, infeliz! —se sulfuró la generala—. No sabes que pienso pasar el otoño en La Rocosa? ¿Y crees tú que pensando volver voy a soltar yo las habitaciones que tengo, que son lo mejorcito de la casa, para que entretanto venga cualquier huésped y me las birle? Ni que lo pienses.

—¿Y Teresa? ¿Teresa, que la necesita usted en Vichy? En todo caso yo podía quedarme con Rosenda.

—Mira, hija: a mí Teresa no me hace falta en el balneario; allí hay muy buenas camareras y, además, mi amiga Pepa Royo lleva u su doncella que se basta y sobra para arreglarnos a las dos. Y... ¿quieres que te hable con entera franqueza? Pues yo estoy en que Teresa anda ya más que harta de ajetreo y de viajes y el solo pensamiento de verse en Vichy la marca. De modo que no será ella quien decline el honor de quedarse contigo en esta paz magnífica de La Rocosa, y por mi parte me parece de conciencia dejarla respirar un poco: así como así, Teresa no es ya ninguna criatura y no está para trotes. Hasta yo me he contagiado de este *dolce far niente*, y si no fuese porque me hace falta el remiendo de

las aguas para pasar bien el año, ja cualquier hora me movía de La Rocosa!

—Pues si a usted no le viene mal, ni a Teresa tampoco, me quedaré aquí muy a gusto —declaró Sol.

—Entonces no hablemos más, y a la mesa, que ya trae Teresa la cena, y francamente, hija, me alargué esta tarde con los prismáticos hasta la punta del Sollo, por ver si desde allí pescaba el paso de la escuadrilla de submarinos, y traigo una hambre de lobo.

Levantáronse las dos. En la mesa lumbreaban, convidando al yantar, sendos platos de aquella sopa de cangrejos por la cual sentía especial predilección (Carlota Márquez. Un gran ramo de flores blancas muy semejantes a las azucenas, las cuales se crían en las lán-das y los arenales próximos al mar, aromaba con su intenso perfume la habitación desde el centro de la mesa, atenuando así el olor a marisco, brea y algas que llegaba de la ribera vecina. La generala dijo en pie el *Benedictine* y hundió la cuchara en su gran plato de humeante sopa.

XIV

Muy temprano, Sol oyó voltear gozosamente la campanita del santuario del Cristo. Extendió a tientas la mano y apretó el botoncito del timbre de metal que tenía sobre la mesa de noche para llamar a Teresa.

—¿Qué es eso? —preguntó a la vieja camarera, que apareció a medio vestir en la puerta de comunicación.

—Dice Rosenda que van a celebrar misa en la ermita. No sé más.

—¿Sí? Pues haga usted el favor de darme mi ropa, Teresa... ¿No le servirá de molestia acompañarme? Me duele perder la misa, porque ¡es tan raro que celebren en la ermita fuera del domingo!

—Acompañaré a la señorita con mucho gusto, y Rosenda también. Ya me despertó ella para decirme que se iba al santuario.

Después, mientras subían con la fresca brisa de una hermosa mañana de setiembre que

había sucedido a tres días francamente malos de temporal revuelto, Rosenda fué explicando lo sucedido. Era una promesa. El Santo Cristo de La Rocosa tenía fama en toda la ribera y en la montaña. Los días pasados, la galerna había cogido en el mar a cuarenta o cincuenta barcas del pueblo de Barqueros. Toda la noche estuvo el pueblo en masa congregado en la playa, en una espera ansiosa y desesperada; una verdadera agonía durante las horas lentas de la noche. Al amanecer empezaron a llegar a la orilla las primeras lanchas desarboladas, sin gobierno y algunas de ellas con la tripulación mermada. El pánico había cundido por toda la ribera... Contábanse más de ochenta hombres desaparecidos... Comenzaba el crepúsculo cuando desfallecidos, agarrados a las tablas de sus lanchas deshechas, llegaron unos hombres casi en trance de muerte. Vueltos a la vida, quisieron cumplir al Santo Cristo del Judío el voto hecho en momentos de angustia y allí estaban, bajo las rosadas claridades del sol naciente, descalzos sobre el guijo del sendero empinado que conduce a la ermita, al hombro la resquebrajada tabla en que se asieron, único resto de su barca hecha trizas por el temporal traidor. Un vejete llevaba un trozo de quilla pintada de verde, un chicuelo un remo partido, otro marinero un resto del palo de mesana... Por las frentes perladas de sudor resbalaba aún la sombra del terror con que vieron llegar la tragedia... Ahora, la alegre campanita convidaba con el sol maravilloso y el mar sereno a cantar a la vida, y los espíritus acobardados de los náufragos surgirán temblorosos del caos para mirar confiados el foco de la luz. Una muchedumbre inmensa llenaba el terraplén circundado de pinos (último resto del espeso bosque donde el judío de la leyenda fué atacado por los bandoleros) y entre el policromo azulejo de la multitud con sus trajes y pañolones abigarrados, ponían su nota trágica los negros ropones de las viudas y los huérfanos.

Cuando aparecieron los marineros náufragos, un intenso clamor se elevó en concierto de sollozos, lamentos, bendiciones y gritos; y por un instante, la voz cantarina de la campana y el

estampido del mar que allá bajo rompía su furor contra los cantiles quedaron oscurecidos por la extraña y conmovedora sinfonía. El Cristo, trágico y amable a un tiempo, con sus ojos moribundos y vidriados llenos de amor y misericordia, abría sus brazos acogedores desde el retablo donde la gratitud y la piedad habían encendido innumerables cirios. Toda la ermita era como un museo evocador de e-popeyas terribles. Miles de exvotos cubrían las paredes, algunos con inscripciones conmovedoras y formando a manera de grandes panoi-pias a uno y otro lado del altar; gran cantidad de restos apollillados y robinosos de lanchas destrozadas por la furia del mar decían con sencilla elocuencia todo el horror del trance que hizo volver los ojos hacia el Cristo venerado a aquellos duros hombres de mar.

Sol no olvidaría jamás aquella misa oída de rodillas dentro y fuera del ermitorio por la inmensa muchedumbre de cuatro o cinco pueblos comarcanos; la fe ardiente, la devoción sincera que palpitaba en la actitud de aquellas pobres gentes resignadas a quienes el mar amenazaba de continuo con sus ataques de locura... gentes heroicas que desafían a diario las asechanzas de la muerte.

Cuando el santo sacrificio hubo dado fin y los exvotos y los restos de las lanchas fueron ofrendados en prenda de reconocimiento a la Sagrada Imagen, la multitud fué saliendo silenciosamente del santuario, conteniendo suspiros, lágrimas, sollozos.. El oleaje de la gente había separado a Soledad de Rosenda y de Teresa. La muchacha no tenía prisa y aguardó a que concluyera la salida para hacerlo con mayor comodidad. Junto a ella se había detenido también una señora elegantemente vestida con un traje sastre azul marino y calzada con fuertes zapatos de campo. Este solo pormenor hubiese bastado a Sol para reconocer en ella a una extranjera si lo mal puesta que llevaba la mantilla no dijese bien claro que tenía muy poca costumbre de usarla. Sin embargo, la cara de aquella mujer le produjo una impresión familiar, como si la hubiese visto antes en otro sitio. Tendría a lo sumo unos cuarenta

y cinco o cuarenta y siete años, y poseía una magnífica belleza y una figura arrogante.

—¡Me habré tropezado con ella durante nuestro viaje! —se dijo Sol.

Y su memoria recorrió todos los lugares vistos y todas las personas encontradas durante su excursión por Europa con la generala, cosa bien difícil ciertamente. A su vez, la extranjería estaba mirando a la muchacha de hito en hito, con una curiosidad llena de sorpresa que se reflejó fielmente en los sinceros ojos. En esto, la gente había salido, y Soledad, acercándose a la pila del agua bendita tomola reverente con dos dedos y la alargó llena de cortesía a la señora, que la aceptó agradeciéndola con una sonrisa. El sacerdote, que salía en aquel punto, pudo ver con secreta complacencia cómo aquellas dos mujeres elegantes que pertenecían a una clase social calificada hacían concienzuda y lentamente la señal de la cruz en lugar de trazar el indiscifrable garabatito con que substituían al signo del cristiano las señoritas hechas de prisa de Barqueros.

Traspusieron el umbral y bajaron en completo silencio los tres escalones que daban ingreso a la ermita. Al poner la señora el pie en el último, un chiquillo pasó corriendo como un loco por detrás de la dama dándole un violento empujón que la hizo perder el equilibrio por completo. No cayó porque Sol y el señor Cura se precipitaron a sostenerla, pero una crispación dolorosa alteró la perfección de sus facciones.

—¿Se ha lastimado usted, señora? —preguntó vivamente el Cura, mientras la aludida se apoyaba con fuerza en el brazo de Sol.

Esta sonrió *in mente*, pensando que la solícita pregunta del sacerdote seguramente no sería comprendida, pero quedó chasqueada y atónita al oír responder a la señora con la mayor soltura y en un castizo castellano en el que no se advertía la más mínima huella de extranjerismos:

—Me temo que me he torcido un pie...

—¿Quiere usted entrar en casa de los ermitaños? —ofreció el Cura, solícito y cortés.

—No, gracias padre; sería preferible mar-

charme en seguida a casa antes que se me enfríe el pie —agradeció la señora.

—El Cura podría enviarle a usted el médico de Barqueros —insinuó Sol discretamente.

La dama, pese a su sufrimiento, alzó vivamente los ojos al escuchar la voz de Soledad; quizá aquella voz pura y bien timbrada levantaba en ella algún recuerdo. Suavemente, repuso:

—No es necesario, señorita; mi doncella me aplicará unos fomentos de agua hirviendo y me ajustará un vendaje apretado. No es la primera vez que padezco una luxación.

—Pero es imposible que usted ande en esta forma —insistió el Cura—. Déjeme llamar a los ermitaños para que la acompañen montada en una borriquilla; es un animalito manso, y aunque no haya montado usted nunca, fio bien en que irá con toda seguridad.

Una leve sonrisa distendió un punto las facciones en tensión de la desconocida dama.

—¡Cuánta molestia, Padre! No es necesaria la borriquilla; sé montar y de seguro no caería; pero ahí, al final del sendero, en la carretera, me aguarda mi coche. Muchísimas gracias, Padre. Solamente si esta señorita es tan amable que tiene a bien prestarme su ayuda...

—¿Su ayuda? —se echó a reír el Cura—. ¡Y hasta la llevará en brazos si es preciso! —No conoce usted a la señorita de seguro. El otro día le llevó el cesto del pescado a una vieja que está muy achacosa la pobrecita, hasta muy cerca de Barqueros...

—¡Señor Cura, por Dios! —suplicó Sol, violentamente ruborizada.

La señora volvió a poner de nuevo sus ojos asombrados, ahora impregnados de una súbita simpatía, en la cara encendida de Soledad.

—Bien, bien... comprendo. La modestia es una rica virtud —sonrió el sacerdote—. Señora, que no sea nada su luxación; adiós, señorita.

Mientras el sacerdote se alejaba, Soledad procuraba ayudar a la señora a cruzar lo mejor posible por entre el gentío que llenaba aún la explanada del ermitorio. Entre un grupo

nutrido vió a Teresa y a Rosenda y les hizo señal de que la aguardasen. No estuvo exenta de dificultades la bajada por los senderos de la montañita, hasta encontrar la carretera donde aguardaba, no el carricoche de Bernardo con el lustroso asnillo que Sol y Rosenda alquilaron el día de la romería, sino un buen coche de turismo con un chófer correcto, grave y rígido que se apresuró a poner en marcha el motor después de abrir en silencio la portezuela y ayudar a acomodarse bien entre sus almohadones a la señora, no sin dirigirla miradas de inquietud, aunque sin permitirse la familiaridad de preguntar la causa del evidente malestar de su ama. Este nuevo pormenor hubiese acabado de convencer a la muchacha de que se hallaba ante una mujer de elevada clase social, si la corona ducal y las armas pintadas en la portezuela del automóvil no lo diesen suficientemente claro.

Apenas una palabra de reconocimiento tuvo tiempo de escuchar Sol antes de que el coche arrancase silenciosamente: dos minutos más tarde había dado la vuelta al saliente del monte y se escondía en el recodo.

Pasaron unos días luminosos y bellos que por contraste parecían doblemente espléndidos tras los revueltos temporales anteriores. Rosenda decía que aquella era la despedida del verano y que después el sol cambiaba de color y el mar adquiría un tinte gris cenizoso. Con la última galerna había dado fin la costera del bonito, y los vizcaínos se habían marchado en gran bandada, como una escuadra blanca, camino de sus lares. Ahora, a la pasada actividad, sucedía un forzoso compás de espera hasta que diese comienzo la costera del sollo y la merluza. Los pescadores se dedicaban a remendar las redes y calafatear las lanchas maltrechas por el temporal, y el rato que les quedaba libre pasábanlo embruteciéndose en un tabernucho asqueroso y ahumado que era a la vez bodega de escabeche. La playa no había estado nunca tan concurrida de chiquillería: negros, sucios, rotos, arremangados hasta muy arriba del muslo, entraban los rapaces en el mar a la pesca de moluscos y cangrejos. De vez en cuando sonaba algún disparo de esco-

peta en la montaña y rodando, rodando, le traía el eco a extinguirse y sepultarse en el mar.

Sol no se hubiese ido nunca de La Rocosa: de tal manera la tenía encantada aquella soledad absoluta y aquel completo apartamiento del mundo donde ni una noticia oficiosa, ni un comentario inoportuno, ni una dolorosa memoranza venían a turbar el marasmo de quietud en que estaba sumida... Era tan absoluta su paz interior que a veces llegó a confundirla con el olvido, con la cicatrización de su herida de amores... Pero bien pronto dábase cuenta (si alguna vez se le ocurría pensarlo) de que su cariño por el duque de Olarriaga era úlcera dolorosa y siempre viva en su corazón. Noche hubo que releendo su famosa carta "una y sola" lloró lágrimas quemantes preguntándose si, como la generala decía muy bien, había cometido una solemne torpeza en lugar de una heroicidad al rechazarle. Ya no había vuelto a saber nada de él; tan sólo doña Margarita decía de pasada en una carta que el Duque había escrito desde la isla de Ceylán diciéndoles que no le esperasen durante aquel verano, porque había emprendido un viaje muy largo e indicando a don Roque ciertas reformas urgentes que debían hacerse en las caballerizas.

Algunos ratos, contemplando el mar con los prismáticos de la generala, había columbrado el paso distante de un vapor pintado de claros colores; un vapor que acaso fuese uno de los muchos de la Tabacalera y que a ella le sugería la visión del *Volga*, el yate de Freddy Harwing tantas veces descrito por él en sus múltiples charlas del verano anterior. Estremecíase anhelante y, luego, su risa irónica y triste era como un comentario a sus descabelladas fantasías; Freddy debía estar navegando por el Pacífico... ¡No volvería a Europa hasta pasados dos años! ¡Bien adivinaba Sol que el Duque estaba tratando lealmente de aturdirse y de olvidar. Desde que la generala se había ido a Vichy, Sol vivía más metida en sí misma y el mundo interior de sus pensamientos y de sus recuerdos, sagrario cuya entrada tan sólo concedió a doña Carlota y que era como una prisión donde adormecía su espíritu

en feliz cautividad. Por eso quizá el repentino conocimiento y la inesperada amistad con la señora de la casa del piso, fué como una válvula de escape para su corazón aplastado bajo el peso de todas sus secretas pesadumbres. Ambas eran comunicativas y espontáneas. Dijéranse que las unió desde el primer momento esa simpatía que es hija de una similitud de caracteres. Además, la señora estaba sola y doña Sol también, y en la playa de La Roca no abundaban por cierto las facilidades de entablar relaciones con personas inteligentes y calificadas.

No eran pasados aún ocho días desde que en la ermita se celebró la misa de promesa de los naufragos, cuando Sol bajó una tarde, hacia las dos, a la ribera con un libro en la mano; pero se detuvo de repente antes de llegar a su peña favorita, viendo un grupo nutrido y alborotador de rapaces que rodeaba a un viejo lobo de mar. Desde lejos conoció a Nando, a Pedruco y a otro de sus amiguitos... Atraída por la algazara y los gritos se aproximó vivamente al grupo. El viejo levantaba su mano curtida con la cual agarraba por las patitas a un pájaro, caído sin duda del alero de un tejado, y los rapaciños saltaban en torno con el ansia de atrapar a la infeliz avecilla.

—¡A mí, señó José —gritaba un pequeño—. ¡Démelo usted a mí que soy el más pequeño!

—No, señor, a mí, que lo adiviné cuando usted lo tenía en el seno —reclamaba otro.

—Lo adivinaste porque lo sentiste piar...

—¿Me lo da usted por tres perras? —ofreció Pedruco.

—No —contestó el viejo—, que se te va a escapar, que tú paeces un lila.

—Yo lo pondría en una jaulita... —aseguró Pedruco.

—No, que se mueren de rabia —dijo el marinerito.

—Enséñalo a ir por casa y ponle una crestita de bayeta roja —insinuó el menudo y rubio Doro.

Entonces se adelantó del grupo de pilluelos un grandullón a quien ya le apuntaba el bozo, pese a sus trece años, y con aire de desa-

fío se plantó delante del viejo pescador apartando a los otros con un par de desconsiderados manotazos.

—Esto es para que meriende un mochuelo que tengo yo bajo un garbillo —declaró con arranque fachendoso.

—¿Cómo has dicho, Casio?

Al sentir tras ellos, aguda y vibrante, esta voz indignada, se volvieron todos rápidamente y la confusión y la vergüenza se apoderó del cruel rapaz, al verse ante la justamente airada figura de la señorita Sol que le miraba con severidad extraordinaria.

—Fué chanza —murmuró a tropezones.

—Pues hasta ni en broma has debido decirlo —exclamó gravemente la señorita—. ¿Eres tú mi amiguito de este verano, el que con más atención ha escuchado mis explicaciones de Doctrina y mis buenos consejos, el mayor de todos, el que debía dar ejemplo, quien así habla? ¿No me has oído decir mil veces que en todos los países civilizados aprenden los niños a amar y proteger a los pájaros?

Un silencio profundo se había hecho en torno de doña Sol y el viejo lobo de mar, quien con su mano callosa acariciaba lenta y suavemente la crizada cabeza del aterrizado pajarillo. El corro se apartaba expectante, coronado por cabezas hirsutas y ojos azorados.

—¡Pobre pajarillo! —murmuró Sol dulcemente, contemplando los ojos inquietos del volador—. En su corta existencia no hizo más que bien; cantó en las alboradas del verano, limpió de orugas y de larvas vuestros campos, persiguió a los insectos dañinos, alegró las tristes horas de meditación con sus gorjeos, y en pago... vas a condenarle a muerte. ¡Tan débil... tan chiquitín!...

—No, señorita Sol —se arrepintió sinceramente el rapaz.

—Tú sabes que el fuerte debe proteger al débil —continuó Soledad dulcificando el tono de su voz— y que únicamente en los países atrasados los chicos salvajes e incultos persiguen a los pájaros y destruyen los nidos... No hace muchos días os contaba yo cómo los gorriones y las palomas comen en la misma mano de los niños en las grandes ciudades que yo

acabo de recorrer y también en nuestra España... ¿ya lo olvidasteis?

—No, señorita Sol... —respondió todo el coro de voces infantiles.

—Y todas las criaturas fueron creadas por nuestro Padre que está en los cielos, y así resulta que son nuestros hermanos.

—Es verdad... dice muy bien la señorita —afirmó convencido el viejo marinero envolviendo a la muchacha con una mirada tierna, casi inconcebible en un rostro de líneas tan duras que le daba extraña y completa semejanza con un pirata marroquí.

—Un gran santo, San Francisco de Asís, inflamado de amor y caridad, llamaba a todos los seres *sus hermanos*; porque, ¿no salimos todos de las manos de Dios?

—Todos, sí... —volvió a contestar el coro de rapaces que no desperdiciaba una sola de las palabras de Sol.

—Y si atormentabas a ese ser indefenso —añadió la joven encarándose nuevamente con Casio—, ¿con qué cara irás a pedirle cuando necesites algo a ese milagroso Cristo de la ermita? ¿Cómo podrás arrodillarte delante de ese altar donde tantos, que por invocarle se salvaron de la muerte, se han arrodillado desde que el judío converso fundó el santuario? Aquel que está clavado en la cruz murió por todas las criaturas y nos recomendó antes de dejarnos que "nos amásemos los unos a los otros". ¿Cómo, entonces, asesino de una de sus inocentes criaturas, podrás saludarle diciéndole: "Padre nuestro que estás en los cielos...?"

Casio agachó la cabeza tan sinceramente que a duras penas contenía dos lagrimones como garbanzos.

—Tiene usted razón —murmuró.

—Suelte usted el pájaro, señó José —suplicó Doro muy conmovido.

—Déjelo Ud. libre —dijo casi a la vez el buen Nando.

El señor José pasó una vez más su callosa mano sobre las suaves plumas del pajarito y lo alargó con mil precauciones a Soledad.

—Tome usted, señorita —dijo con voz ligeramente temblona—. ¿Pues no me ha hecho

llorar? —y se limpió los ojos con el dorso de su enorme manaza—. A usted le debe la vida; déle usted libertad...

La señorita tomó el animalito con su mano sedena y lo contempló un momento con infinito amor.

—¡Qué lindo! ¿Veis? ¡Tiene los ojitos llenos de lágrimas. ¡Anda, pobrecito!

Y lo soltó. El pájaro batió las alas torpemente, entumecido por la prolongada inercia; revoloteó hasta tocar el suelo dos o tres veces y por último se lanzó en un vuelo seguro hacia la montaña.

—¡Que la Providencia del Señor que está en los cielos no te falte! —le deseó Sol mirándole enternecida, viéndole volar y remontarse sin darse cuenta de que el cerco se había deshecho y de que a su espalda había una persona que llegó silenciosamente a tiempo de presenciar la interesante escena.

Cuando volvió en sí de su contemplación, vió que los chiquillos se alejaban en pos del marinero y que junto a la sombra que su propio cuerpo dibujaba en la arena, surgía moviéndose, cada vez más cerca, otra sombra.

Volvióse vivamente y se encontró frente a la dama extranjera que habitaba la casa grande de la bahía.

Lo único que se le ocurrió pensar a Sol era que la señora hubiese presenciado la escena del pájaro, y así no dejó de intrigarle la expresión de enternecida sorpresa que se reflejaba en los magníficos ojos de la señora. Nuevamente aquella impresión de familiaridad volvió a adueñarse de la muchacha al mirar a la extranjera, pero ésta no le dió tiempo a entrar en consideraciones sobre aquel raro parecido con alguna otra persona que debía serle muy conocida, dada la impresión que levantaba siempre en ella su presencia.

—Buenas tardes, señorita —la dijo sonriendo.

¡Aquella sonrisa! ¿Por qué su loca fantasía echó un nuevo tizón a la hoguera del recuerdo? ¡Imbécil!... ¿Pues no había evocado durante un segundo la sonrisa tierna, casi femenil, del duque de Olarriaga?

Continuará.

Jornada de Estudios de la Acción Católica de Venezuela

La Acción Católica defiende los propios intereses de Cristo. Cada uno de los Sacramentos tiene su determinada función. El de la Confirmación es como la puerta que se abre para dar entrada y hacer que reine en el confirmado la Santísima Trinidad. Cuántos pecados de omisión serán evitados si se recibe este Sacramento con las disposiciones debidas.

María Josefa Aristeguieta.

LA EUCARISTIA

ASPECTO TEOLOGICO

Cristo obtuvo, con el Sacramento de la Eucaristía, dos cosas; primero, vivir El, a través de los tiempos, en cada uno de los cristianos que lo reciben en Comunión; y segunda, hacer que los comensales del Altar vivan de su propio vivir divino. Porque a estos dos resultados llega siempre el amor, como lo dice Santo Tomás de Aquino: primero, el amor se hace de la naturaleza del objeto que ama, para enseguida hacer de su misma naturaleza al objeto amado. Todo esto es lo que vemos realizarse, milagrosamente, en el Misterio de nuestros Tabernáculos. Por lo cual un gran Padre de la Iglesia (Sn. Ag.), se expresa de esta manera hablando del Sacramento de la Eucaristía: "Para que el hombre se hiciese Dios, Dios antes se hizo Hombre". Y puesto que tenemos dos clases de vida, la del cuerpo y la del alma, Jesucristo sigue la más hermosa paralela con la vida del cuerpo en sus afectos sacramentales de la Eucaristía, pues haciéndose Comida y Bebida, con su Cuerpo y su Sangre, logra ingerirse completamente dentro de nuestras carnes, a fin de hacer que el alma y, a veces, hasta el mismo cuerpo, fermenten en Dios.

Carmen L. de Vallenilla Lanz.

La Eucaristía. — Aspecto de Apostolado.

La Eucaristía es el Sacramento por excelencia, puesto que en él se recibe verdaderamente el Cuerpo, la Sangre y el Alma de Nuestro Señor Jesucristo; es el Sacramento que nos hace íntimos con él. Al darnos la gracia, nos dá un mayor conocimiento de Jesucristo.

Las grandes campañas en pro de las Comuniones Pascuales en público tienen su origen en Bélgica y Francia.

La J. C. F. V., hace ya siete años, inició aquí esas grandes manifestaciones.

La idea de ellas se la dió la Revista de la J. I. C., **Juventud Independiente Católica Belga**, que tenía organizadas esas Comuniones por Parroquias. Por medio de Carteles, invitaciones particulares, invitaciones por la Prensa y el Radio, en los talleres y fábricas, lograron el objetivo que se habían trazado.

Comulgaron el primer año en número crecido, que ha ido en aumento todos los años.

Esa Campaña de las jóvenes provocó la de los hombres, que han llegado a ser hoy día grandes manifestaciones públicas de fé.

El primer año de campaña, con un solo día de propaganda comulgaron alrededor de mil quinientos hombres hasta llegar en el año de 1943 a diez mil. Un deber que se impone en las filas de las mujeres católicas es conservar, y, si es posible, aumentar, el fruto ganado con los hombres y jóvenes de la familia así como también con los amigos.

Aún otra idea, que quién sabe si se pudiera ensayar en Venezuela: es la de las Comuniones Pascuales por profesión. En Francia la mejor organizada hace ya muchos años es la de los Ingenieros, llegando

a comulgar en París más de cuatro mil de estos profesionales. ¡Qué hermoso si nuestros profesionales fomentaran entre ellos esa idea, y se organizaran las Comuniones Pascuales por corporaciones!... Para terminar citaré una frase de Pío X en su Encíclica: "**El fermo propósito**" que dice textualmente: "Conviene que la Acción Católica se valga de todos los medios prácticos que el progreso de los estudios económicos, la experiencia adquirida en otra parte, las condiciones del consorcio civil y la misma vida pública de los Estados ponen a su disposición".

Odette de Vera.

PENITENCIA

ASPECTO TEOLOGICO

Partiendo de la realidad sobrenatural de la unión de Cristo con nosotros, —y sabemos que la teología es fé, razón y experiencia armonizadas,— estudiando la gracia de Cristo al modo que está en la Cabeza — **Cristianismo** — en sus miembros principales — **los Prelados** — y en todo el cuerpo místico — **la Iglesia** —, vemos que lo que en la gracia —en cuanto divina— está sólo de manera virtual, en cuanto radicada en Cristo Hombre lo está de manera formal; y hay así en ella, esencialmente, características humanas, como las de ser **sanante**, a modo de redención y de satisfacción. — El Sacramento de la Penitencia, que saca de esta luz toda su fuerza y su poder infinito, nos habrá de llevar, recibéndolo con las condiciones requeridas, a participar de la glorificación del Cuerpo Místico de Cristo, en el goce supremo y eterno, sin sombras ni temores, de la visión beatífica.

Graciela Herrero de Acedo Toro.

LA PENITENCIA — ASPECTO DE APOSTOLADO.

Indudablemente, el problema de la confesión, en el sexo masculino, es problema más que nada del enojoso estorbo que llamamos respeto humano. ¡Cuántos de ellos, indudablemente se confesarían si rompiesen con ese enemigo, que es un auténtico espanta-pájaros, para los que constituyen el llamado "sexo fuerte"!... Es decir, que el hombre es tan débil que, a vista de una persona que esté mofándose de sus acciones, en materia religiosa, se acobarda lo mismo que un niño y comienza a retroceder y enseguida desiste de su propósito de confesarse!

Nunca hemos creído que la Religión Católica sea privativa de nuestro sexo, ni muchísimo menos: juzgamos, al contrario, que por delante de la mujer está obligado a caminar el hombre. Porque él es más responsable que nosotras.

Nuestro Apostolado debe partir como de base firmísima, de la necesidad de colaboración entre ambos sexos. Nosotras jamás abogaremos por la contienda entre el hombre y la mujer, porque la consideramos inútil, cuando no profundamente nociva. Esa lucha, en vez de favorecernos, nos perjudica enormemente, dado que el hombre mantiene y seguirá manteniendo las riendas de todas las fuerzas más decisivas del vivir; las del cuerpo y las de la política, o sea, las del gobierno.

Todo esto dicho jamás tendría efecto si antes no se prepara, debidamente, el "**espíritu de fe**". Esto quiere decir que, si se ha de emprender una campaña tesonera a favor de la recepción del Sacramento de la Penitencia, es menester pensar en preparar debidamente los medios y fórmulas para realizarla. Porque si a nuestras doctrinas católicas se les priva del sentido sobrenatural, quedan ellas muy por debajo, tal vez, de las mismas doctrinas humanas.

Así que es menester establecer a fondo los valores espirituales y del orden sobre-

natural de nuestros dogmas y de nuestros principios morales.

En el Sacerdote hay que ver siempre al lugarteniente del mismo Jesucristo. En el Tribunal de la Penitencia se ha de presentar el penitente con espíritu de reo, que confiese sus debilidades o malicias, con la misma intención y con el mismo espíritu, descarnado y crudo, con que él las cometeria. Todo Apostolado tiene por cima la santificación de la vida humana, en todo tiempo y lugar.

Alcira de Urdaneté Braschi.

LA EXTREMA UNCIÓN

ASPECTO TEOLOGICO

Jesucristo instituyó esos medios sensibles, productores de la gracia, que son los que la Iglesia llama **Sacramentos**. Y como la vida espiritual vá a la par y guarda analogía con la vida racional de los hombres, el Redentor estableció esos medios en número de siete.

Nacemos: también se nace a la vida espiritual por el **Bautismo**.

Nos fortalecemos: también nos robustecemos en el alma por el Sacramento de la **Confirmación**.

Nos alimentamos: también nos sustentamos, sobrenaturalmente, con el blanco manjar de la **Eucaristía**.

Nos servimos de medianeros: también nos valemos del intermedio entre Dios y

nosotros, para lo cual instituyó la **Orden Sagrada**.

Tenemos que propagarnos, para que no se termine la especie: y Jesucristo elevó a la dignidad de Sacramento el contrato de dos seres que se unen en matrimonio.

Y si en la lucha caemos muertos o heridos, se nos cura: también en el viaje de la vida sucumbimos, y para realzarnos se fundó el Sacramento de la Penitencia.

Y, por último, en la postrera hora, necesitamos de confortamiento y fuerza para aliviar nuestras penas de espíritu y cuerpo. Y Jesucristo nos dejó la **Extrema Unción**. ¿Qué es la extrema Unción? Un Sacramento de vivos, como ya dijimos y se le define así: **Sacramento que conforta a los que están gravemente enfermos y consta de la Unción del Oleo Bendito, aplicado a los sentidos externos, y de las preces mandadas, proferidas por el Sacerdote.**

Ana W. de Kochen.

EXTREMA UNCIÓN

ASPECTO DE APOSTOLADO

Con un Sacramento se recibe al hombre en la Santa Iglesia de Jesucristo; el **Bautismo**. El **Bautismo** es la verdadera y única puerta de entrada de la Religión Católica y por lo mismo al reino de los Cielos.

Igualmente con otro Sacramento se despiden al bautizado o cristiano hacia la eternidad: el Sacramento de la **Extrema Unción**. El **Bautismo** es llamado por los teólogos **Sacramento** de muertos, porque sus efectos son los de hacer nacer el alma a la vida de la gracia. El Sacramento del Santo Oleo se puede administrar lo mismo a los que están en gracia como a los que se hallan en pecado.

¿Por qué razón, muchas veces, se teme tantísimo la llegada del Sacerdote Católico hasta la cabecera del enfermo, llevando consigo la **Extrema Unción**? O, por el contrario, ¿es cierto que, sin la presencia

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

del Sacerdote, el enfermo seguirá viviendo y acaso mejorando de la enfermedad misma?

Hay que procurar ser apóstoles junto a la cama del enfermo, que siente los ineludibles síntomas de un fin inmediato de desenlace mortal. Porque si no, ¿en qué nos habríamos de distinguir de las personas que no tienen fé cristiana? Y en resumen diremos que los métodos de Apostolado, deben de suyo principiar por nuestros hogares y por nuestros deudos. De otra manera, hacer porque se confiese o se olée un enfermo conocido o bien de los barrios, y dejar que se vaya sin estos mismos auxilios espirituales una persona de nuestra casa, un esposo, un padre, un hijo, un amigo eso equivaldría, tristemente, al dicho aquel invocado por Cristo en el Santo Evangelio: " Médico, cúrate a ti mismo".

Nina de Rodríguez.

ORDEN SACERDOTAL

ASPECTO TEOLOGICO

El Sacramento del Orden fué instituído por Nuestro Señor Jesucristo para constituir los Obispos, Sacerdotes y Ministros a quienes corresponde ejercer las funciones sagradas, confiriéndoles la potestad de administrar los medios necesarios para la conservación de la vida espiritual.

Jesucristo, pues, confirió inmediatamente el Sacerdocio a sus Apóstoles; con la muerte de estos no debía concluir el Sacerdocio, como tampoco debía concluir con ellos su Iglesia; así es que el Sacerdocio se propagó y se propaga por medio del Sacramento del Orden, instituído por Jesucristo.

Según datos estadísticos autorizados hay en Venezuela 618 Municipios, todos con su Jefe Civil, porque ello es necesario para el normal desenvolvimiento de la vida civil y política del conglomerado nacional; en cambio hay 410 Parroquias de las cua-

les 160 no tienen Sacerdote. ¡Elocuente demostración de la escasez de Ministros del Señor, en que se encuentra la Iglesia Venezolana! Escasez que tiene por causa principal la carencia de vocaciones y que redundo, directamente, en menoscabo del normal desenvolvimiento de la vida religiosa de nuestros pueblos. La escasez de Sacerdotes implica, forzosamente, escasez de predicadores, escasez de confesores, de ministros de la enseñanza evangélica, de la frecuencia de los Santos Sacramentos y, por ende, una pérdida de la fé, un mayor extravío de las almas, un mayor alejamiento de Dios y una mayor entronización de la mentira. Débese asimismo a esa escasez de sacerdotes el incremento de la propaganda protestante que tantos estragos viene causando no sólo en las ciudades sino en los más apartados campos de Venezuela, con detrimento hasta del mismo concepto de nacionalidad. De consiguiente, no puede ponerse en duda que tal es el MAXIMO PRIMORDIAL PROBLEMA DE LA IGLESIA EN VENEZUELA, porque Iglesia sin Ministros, sin Sacerdotes, es un rebaño sin Pastor, expuesto a la voracidad de los lobos, a la dispersión y a la ruina. Satanás, como león rugiente, le ronda constantemente; y sólo la vigilancia, el cielo y cuidando de sus sacerdotes pueden salvarla del diabólico peligro.

Julia M. de Regetti.

ORDEN SACERDOTAL

ASPECTO DE APOSTOLADO

Cuando en un hogar humilde y de baja estirpe surge una vocación sacerdotal se nota gran alegría y la elevación espiritual cunde entre sus miembros; mas si se trata de un hogar de ciertas condiciones, salvo raras excepciones, se mofa y se burla al elegido de Nuestro Señor, se le ve despectivamente, se trata por todos los medios posibles de alejarlo de la idea del Sacerdocio pretextando prepararlo para un porvenir universitario, industrial, comer

cial, en fin, prepararlo para los negocios de la tierra y alejarlo de los negocios de la eternidad.

Además, comienza la campaña contra el Sacerdote, se desdice a gritos y sin reparos del médico de las almas, del abogado del espíritu, del banquero del Cielo y del industrial de toda una feligresía.

Y ¿quiénes son los que así proceden?

El padre, en quien Dios ha puesto toda la autoridad del hogar, que cual sierpe emponzoña el alma del hijo predilecto; sí, el padre que, con su autoridad bien dirigida, daría todos sus hijos a Dios, porque todos son de Dios.

La madre que, imbuída en la atmósfera de la época y en el medio asfixiante, no piensa sino en títulos para el mundo y rangos para la vida, como si fuera inferior el título y rango de Sacerdote.

Los abuelos, los tíos, los padrinos... ¿quienes más?... Hasta los amigos se atreven y son ellos los que forman el momento que vive el futuro levita.

La Escuela, donde se peca de dos maneras: no se cree no se deja creer a los niños, o se cree que se teme al cobarde, capaz de arrojar flechas sobre las conciencias y que den en blanco sobre el sustento del humano mercader. Esto es, únicamente, en las de varones.

El medio: radio, cines, balnearios, amigos, domésticos, revistas, libros, obras, vehículos todos vienen hacia el niño y no esperan que él vaya hacia ellos!... Cele-

mos nuestros niños con el celo del amor divino.

¡Pobre Venezuela! progresa en cuanto a finanzas, población, industrias; pero se conserva en un plano de inferioridad en cuanto a vocaciones sacerdotales. Comparémosla con otros países. Los EE. UU. tienen un sacerdote por cada 600 católicos; España, antes de la revolución, tenía, uno, por cada 700 almas... Siguen, más o menos, Bélgica y Holanda.

Pero aproximémonos al territorio nacional; ya sus vecinas ofrecen un aumento de 3.000 almas por sacerdote. Así está Colombia. Y en Venezuela, en nuestra pobre Venezuela, en nuestro propio terruño, en la cuna de nuestros niños, tenemos un sacerdote para cada 10.000 almas.

Amanda de Schnell.

EL MATRIMONIO

ASPECTO TEOLOGICO

Nos hallamos ante una institución verdaderamente augusta, venerada, religiosa, santa. El Matrimonio es una cosa santa.

El primer matrimonio, las primeras bodas las hizo el mismo Dios en el Paraíso. Crió al hombre a su imagen y semejanza. Y viéndolo solo dijo: **No es bien que el hombre esté solo; hagámosle un auxilio semejante a él.** Y, aunque pudiera haber tomado otro barro u otra cualquiera materia y convertirla en mujer, quiso sacar del

EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.

mismo Adán una costilla y formar de ella una mujer, para que Adán la mirase como una parte suya que había recibido una nueva alma y distinta vida y personalidad, y para que todos los que de Adán descendiesen y tomasen mujer, en matrimonio, entendiesen la íntima unión que deben tener con sus mujeres, como si fuesen **carne de de su carne y hueso de sus huesos.**

Dios hizo estas primeras bodas en el Paraíso. Y Dios declaró el fin con que las hacía: **Creced y multiplicaos y llenad la tierra.**

Por eso el Matrimonio ha sido siempre mirado por todo el género humano como algo santo, honorable, religioso y, como decía el Papa León XIII, un contrato, no como otro cualquiera, sino sagrado, por su propia fuerza, naturaleza y carácter.

El matrimonio es **indisoluble** aun contra la voluntad de los cónyuges, es decir, estos no pueden rescindir el vínculo matrimonial. **"Lo que Dios unió, no lo desune el hombre"**. De manera que, como se ha dicho, Dios fué quien instituyó el Matrimonio, **uno e indisoluble**; y su Divino Hijo, Jesucristo, lo elevó a cosa sagrada, es decir, a Sacramento, para simbolizar su unión mística con la Iglesia.

El Matrimonio o es santo o es perverso. El Matrimonio es un Santuario, y no hay Santuario donde no está Dios. El divorcio, auténtico anti-Matrimonio, es obra del diablo, como lo enseña San Agustín.

El día en que los pueblos lleguen a vivir de esta institución del Matrimonio tal como Jesucristo hubo de dejárnosla en el seno de su esposa mística, la Iglesia, aquel

día llegarán a hacerse efectivas las ansias de engrandecimiento patrio que nosotras, las mujeres que trabajamos en las filas de nuestra **Udac**, anhelamos para Venezuela, la Patria que nos legara el Libertador.

Josefina de Strich.

EL MATRIMONIO

ASPECTO DE APOSTOLADO

Preciso es combatir la creencia de la joven moderna de que el matrimonio es un ensayo de nueva vida, con perfecta libertad para cada uno, sin la menor concesión a "anticuadas" tradiciones que se juzgan simplemente estorbosas y con el firme propósito de que los hijos los menos posibles, lleguen tarde, si es que llegan, a un hogar que puede prescindir de ellos.

La sociedad moderna tiene imperiosa necesidad de una base sólida para resistir a las embestidas de todos esos funestos "ismos" que se proponen acabar con ella: egoísmo, materialismo, neo-maltusianismo, laicismo, etc. ¿Dónde encontrar esa base firme? En la familia cristiana, que es la única institución dotada de fuerza suficiente, sobrenatural, para detener la desintegración, la destrucción total! Y ¿quién ha de emprender esa obra formidable? La madre cristiana, que es la más firme sostenedora del edificio familiar. La sociedad no puede ser restablecida sino por la familia, y la familia no puede ser regenerada sino por la influencia maternal.

Lucila L. de Pérez Díaz.

DABA LO QUE TENIA

Entre amigos:

—Llevó tres noches sin dormir, pensando que necesito doscientos pesos, ¿puedes prestármelos?

—¡Hombre!... Doscientos pesos, no; pero puedo darte unas pastillas que obran maravillas contra el insomnio.

ANECDOTA

El doctor:

—Me parece que he comprendido su enfermedad, señora; tendrá usted que hacer uso de los estimulantes... ¿A ver? Haga el favor de enseñarme la lengua.

El marido precipitadamente:

—Doctor, la lengua de mi mujer no necesita estimulantes; se mueve demasiado

¿Qué opina Ud. del Divorcio?

Que está reprobado y es abominable.

Razón 1ª.—Lo que dijo Jesucristo.—hablando en público a todos dijo: "Todo el que repudie a su mujer y tome otra, comete con ella adulterio. Y si la mujer deja a su marido y se casa con otro es adúltera". Y se retiró a su casa con sus discípulos. Y allí, como éstos le volviesen a preguntar, díjoles de nuevo: "Todo el que repudie a su mujer y tome otra, comete con ella adulterio. Y si la mujer deja a su marido y se casa con otro es adúltera". No se puede decir más clara. Así es quien crea a Jesucristo ya lo sabe Y claro está: la iglesia, que siempre defenderá lo de Jesucristo, dice lo mismo, y lo dirá siempre.

Razón 2ª.—El derecho natural.—

Jesucristo nos advierte, además, que aun antes de su mandato y disposición, y ya desde el principio, el matrimonio fué indisoluble por institución de Dios. "Desde el principio no fué así... Dios dispuso que los esposos fueran dos en carne. Lo que Dios unió, no lo separe el hombre..." Es ley natural de todo el género humano que los esposos, una vez unidos en matrimonio, sean una cosa inseparable.

Razón 3ª.—Los males del divorcio.

Son innumerables. Por algunos males particulares que los partidarios del divorcio quieren evitar, introducen muchísimos males generales.

El divorcio envenena el matrimonio antes de celebrarlo, porque se haría con suma ligereza, con esperanza de dejarlo cuando no guste. Después de celebrarlo, porque llenaría el hogar de suspicacias, quitaría todo interés por la familia, enfriaría el amor mutuo. El fin, disuelto el matrimonio los hijos quedarían desamparados, la mujer despreciada y el odio sucedería al amor.

Insistamos.

Razón 4ª.—El mal de los hijos.—

He aquí, a mi ver, el mayor mal del divorcio. Hay que tener presente que la familia es una institución divina hecha con el fin de formar hijos. Ahora bien., el divorcio sería la ruina, la desgracia de los hijos. ¿Es preciso demostrarlo?

Razón 5ª.—Disminuye la natalidad.—

Es un hecho bien probado que, una vez puesto el divorcio, no sólo empeora la educación y formación de los hijos, sino que disminuye enormemente su número. Es natural. ¿Quién no temblará de tener hijos temiendo el divorcio de mañana, que le dejará en tanto peor situación cuanto más numerosos sean ellos?

Razón 6ª.—El mal del esposo.—

Es un grave mal para el varón: porque excita en él de un modo atroz la concupiscencia y pone en sus manos la ocasión de dejarse llevar torpemente, brutalmente de sus malos deseos. Es ponerle al borde de un precipicio. En cuanto sepa que tiene medios para dejar una esposa y tomar otra, imposible evitar en su corazón vehemente, un sinnúmero de tentaciones.

Razón 7ª.—El mal de la esposa.—

Peor a un que el esposo queda la esposa con la ley del divorcio. Primero, porque, si no es honrada, se lanzará a casarse con el primero, sabiendo que algún día se puede descasar. Si es honrada y tiene la desgracia de que su marido caiga en redes extrañas, abandonada pierde muchísimo, la mayor parte de las veces todo. Sobre todo si se tiene en cuenta que los que dejan a sus mujeres, no dejarán a las más amables al sentido, sino a las más pobrecitas y de menos atractivo.

Razón 8ª.—La pérdida de la moralidad.

El divorcio propaga de un modo enor-

me la inmoralidad. Porque el temor del divorcio, y de sus efectos, o la pasión que tiene ocasión de satisfacer busca mil medios para romper el matrimonio, y no quedar mal cuando se rompa. Y no puede negarse que el divorcio se ha inventado en favor de los que quieren darse a la inmoralidad.

Razón 9ª—Dilema terrible.—

El dilema terrible del que jamás saldrán los partidarios del divorcio es éste. O el matrimonio es indisoluble y perpetuo, o si no, hay que admitir el amor libre, y destruir la institución del matrimonio. O hay que atenerse a la indisolubilidad o hay que ir hasta el fin y quitar de una vez el matrimonio, permitiendo que cada cual ande con cada cual, cuando y como se le antoje.

Por la misma razón porque un hombre se separa de una mujer o viceversa, se separará de aquélla con quién se unió, cuando no le guste. El mismo derecho tiene para dejar a la segunda y pasar a la tercera y a la décima. Ahora bien, ¿Quién tiene tragaderas para tanto?

Razón 10—El divorcio favorece a los fuertes.

La ley debería hacer lo contrario si era justa, proteger al más débil contra la fuerza. Más la ley del divorcio favorece a los más fuertes, al hombre contra la mujer.

Los que más pronto se hastían de la

mujer son los hombres; los que tienen más medios para abusar y oprimir y maltratar a la mujer, son los varones. La mujer es la que necesitaba el amparo de la ley; y es la que por estas leyes queda más desamparada.

Razón 11.—El divorcio favorece a los peores.—

..De la misma manera se nota que los que más piden el divorcio, donde lo conceden son los peores, los más libertinos, los más apasionados, los infieles a sus cónyuges, los que toman el matrimonio como cuestión de placer, de pasión, de felicidad. Los que menos se cuidan de su deber, antes al contrario, no miran el matrimonio como estado de deberes. A esos viene en grande a favorecer el divorcio.

Razón 12.—No se consigue lo que se pretende.—

Y es bueno que, después de todo, no se consigue con la ley del divorcio lo que se pretende con ella. Se quiere la paz y se fomenta la disensión. Se quiere el amor y se destruye el amor, y se siembra la animaversion y el odio. Se quiere remediar a uno y se hace daño a mil. Se quiere remediar el matrimonio y se leecha a perder.

Razón 13.— Consecuencias del divorcio.—

Es manifiesto que la ley del divorcio propaga de un modo infame la inmoralidad.

BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Pañuelos grandes de nylon, estampados

Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteleros y otras labores estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

dad. Con datos estadísticos de los tribunales se comprueba que donde crece el divorcio, crece el suicidio, crece la división de la familia, crece la infidelidad de los esposos, crece el número de los ilegítimos, crece el número de los infanticidios, disminuye el número de casamientos.

Razón 14.—El divorcio fomenta el egoísmo.—

Lejos de conducir al hombre a la unión, a la caridad, al amor, el divorcio conduce al hombre al egoísmo, y al egoísmo sensual, materialista, interesado, al amor de

conveniencia, de satisfacción propia, de voluptuosidad, de placer.

Diréis y Diré... —Pero hay algunos tan desgraciados..!

Es verdad, pero eso pasa en todas las cosas. Es el eterno problema del dolor. Dolor y sufrimiento hay en todas partes. Para eso es la virtud, la abnegación, la fe, la esperanza en la otra vida. Lo que sucede es que los abogan por el divorcio, ni esperan otra vida, ni creen en ella. Y eso sí, si no hay otra vida.. haced lo que os dé la gana.

R., S. J.

El Rosario y las almas del Purgatorio

Es dogma de fe que las almas del Purgatorio pueden ser ayudadas por los sufragos de los que aún vivimos en este mundo.

El concilio de Trento, al definir este Dogma contra los Protestantes, señala como sufragio principal la santa Misa. Mas después del sacrificio del altar, autores respetabilísimos afirman que lo que más aprovecha a las almas de los fieles difuntos es el Santo Rosario. El Papa León XIII, en una de sus Encíclicas, dice: "Las indulgencias del Santísimo Rosario, otorgadas en cierta manera por las mismas manos de la Santísima Virgen, han de aprovechar mucho a los agonizantes y difuntos, haciéndoles gozar pronto de la paz y luz eterna del cielo". En

vista de estas palabras del Papa, no podremos creernos verdaderamente caritativos si no aprovechamos el medio que la Virgen María pone en nuestras manos para aliviar a las afligidas almas del Purgatorio. "Si queremos ayudar a las almas del Purgatorio — dice San Alfonso María de Liguorio — hemos de aplicarles principalmente el Rosario: no hay duda que con él les procuraremos un gran alivio". El Beato Juan Masías, religioso Lego Dominicó, con el Santo Rosario sacó del Purgatorio más de un millón de almas. ¡Qué poder el del Santo Rosario! Pues el mismo poder tiene esta plegaria en las manos de los Santos que en las nuestras. Todo depende de la devoción que tengamos al Santo Rosario.

ACCION DE GRACIAS AL HERMANO ANDRE

De todo corazón doy infinitas gracias al Hermano André, que por su intercesión el Señor San José me concedió feliz éxito en el nacimiento de mi octavo hijo.

Margarita Chavez M. de López
San José

ACCION DE GRACIAS AL CORAZON EUCARISTICO DE JESUS

De todo corazón doy infinitas gracias al Corazón Eucarístico de Jesús y a la Virgen del Perpetuo Socorro que por intercesión de Santa Gertrudis me concedieron una gran gracia.

María E. Cabezas
Alajuela.

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari.

SALMON A LA CREMA

Se hace una salsa blanca bien espesa y se le agrega el contenido de un tarro de Salmón colorado bien deshecho con un tenedor; se le agrega un poquito de nuez-moscada, sal, pimienta, y una cucharada de mantequilla bien llena, unas gotas de carmín vegetal y tres huevos de los que se han batido primero las claras a punto de nieve y después se le agregan las yemas y se bate bien; se mezcla todo muy bien, se echa en moldecitos untados de mantequilla y se cocinan en el horno en bañomaría, teniendo cuidado que el agua llegue hasta la mitad de los moldes para que al hervir no los pringue el agua; se cocinan en el horno caliente durante diez minutos. Cuando están cocinados se sacan del horno, se vacían en un platón y se bañan con una salsa blanca mezclada con un poquito de salsa de tomates; encima de cada moldecito se pone un camaroncito de los que vienen en lata o una ruedita de trufa.

QUEQUE DE COCO

2/3 de mantequilla,
1½ tazas de azúcar.
2 huevos,
2 1/2 tazas de harina,

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería

finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

2/3 de sal,
3 cucharadas de royal,
1 cucharada de esencia de limón,
3/4 de taza de leche,

Se unta el molde de hacer queque de capas de mantequilla y se espolvorea con harina. Se bate la mantequilla y el azúcar durante diez minutos, enseguida se agrega 1 a 1 los 2 huevos, luego una cucharada de esencia de limón. Se mezclan la harina, la sal y el royal, se pasan por el cernidor y se echa en el batido junto con la leche y se mezcla bien. La tercera parte de esta pasta se echa en el molde y se pone a asar con el horno caliente y con calor regular. Luego cuando está asado se saca del horno y cuando está frío el molde se vuelve a untar de mantequilla y a espolvorear de harina y se vacía la segunda parte de la pasta y así se sigue hasta terminar con la tercera parte.

RELLENO PARA ESTE QUEQUE

La víspera se lava bien ½ libra de albarricoques y se les pone agua que los cubra hasta el día siguiente que se cocinan hasta que estén suaves y casi secos, entonces se pasan por un colador majándolos con un mazo o una cuchara para que se pase bien toda la pulpa. A esto se le agrega 1 1/2 taza de azúcar, una cucharada y media de maicena se mezcla con un poquito de agua y se echa en lo anterior junto con la punta de un cuchillo de sal. Se pone a cocinar en bañomaría durante diez minutos meneándolo constantemente, se le agregan dos cucharaditas de jugo de limón, se retira del fuego y se pone a enfriar meneándolo a menudo. Esta crema se coloca entre las capas del queque y por encima y luego se espolvorea con coco rallado.

PESCADO RELLENO ARGENTINO

Se emplea 1 1/2 libra de pescado mero, se lava y se corta en tajadas delgadas y se condimenta con jugo de limón, sal y pimienta. En una sartén se fríe en una cucharada de mantequilla una cebolla finamente picada, cuando está un poquito dorada se retira del fuego y se le agrega migaja de pan bien remojada en leche y exprimida un poco, una cucharada de queso rallado, media cucharada de perejil picado, una yema cruda, sal, pimienta y nuez moscada, mezclar bien todo esto y poner sobre cada tajada de pescado un poco de este relleno, se doblan y se sostienen con un escarbadietes, se van colocando en un phirex untado de mantequilla o manteca y se bañan por encima con una taza de agua fría, se cubren con un papel de esmerma enmantecado y se cocinan a fuego lento hasta que esté suave; entre tanto se prepa-

ra la siguiente salsa 1/2 taza de aceite con dos dientes de ajo majados, cuando están dorados se sacan los ajos y se pone una cebolla finamente picada, se agregan cuatro tomates lavados y sin semillas, sal, pimienta, un poquito de azúcar y medio vaso de vino blanco se tapan y se dejan hervir hasta que el tomate esté suave, se pasa esta salsa por un colador majándola con una cuchara o un mazo hasta que no quede más que la cáscara del tomate, se prueba para saber si tiene buen gusto y se deja en bañomaría mientras se usa. Al mismo tiempo se está cocinando el pescado, se cocinan en agua con sal, unas papas peladas. Cuando el pescado está suave se coloca con mucho cuidado en un platón, se baña con la salsa de tomates, alrededor se adorna con las papas cocinadas bien escurridas, se espolvoren con perejil finamente picado, alrededor se colocan ruedas de limón y se sirve.

Cartas a gente menudo

EL AMOR A LA MADRE

A Matilde

Mucho me afliges lo que me cuentas de tu amiguita.

¡Pobrecita ella que perdió a su madre!

Y pienso en un amiguita que caminaba por la orilla del río, con los ojos nublados por la pena, mirando la corriente... De pronto vio la imagen de su madre reflejada en el agua, acaso porque su madre la contemplaba desde el cielo.

Tan claramente vio la imagen, que creyó que era su madre misma que allí estaba, y se arrojó al río gritando: ¡Mamá! ¡Mamá!

Y la niñita se fué a lo hondo y se ahogaba.

El río entonces se detuvo en su impetuosa carrera y dijo:

—¡Yo salvaré esta vida tan preciosa!—
Y la empujó hasta la orilla.

El viento dijo:

—¡Yo secaré sus ropitas!— Y soplé toda su fuerza un aire tibio y seco.

El sol dijo:

—¡Yo calentaré su cuerpo!—Y reducí súbitamente la potencia de sus rayos.

Y los humildes pajaritos dijeron:

—¡Nosotros cantaremos la gloria de esta niñita para consuelo y dulzura de todas las madres!

Constancio C. Vigil.

RECADO URGENTE

Unos pescadores que miraban la red desde la playa sintieron un gran peso, y creyendo que podía ser el cadáver de un ahogado, enviaron recado al alcalde.

Cuando salió la red se encontraron con la calavera de un jumento, y exclamó uno de los pescadores:

—Que vaya uno a casa del alcalde y le diga que es burro.

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica